



DISCURSO

& SOCIEDAD

Copyright 2008
ISSN 1887-4606
Vol 2(1) 201-261
www.dissoc.org

Artículo Traducido

Semántica del discurso e ideología

Teun. A. van Dijk

Universitat Pompeu Fabra
Departamento de Traducción y Filología

Traducido por Cristina Perales

Resumen

En este artículo se presenta una introducción, desde la perspectiva del análisis crítico del discurso, de una nueva teoría sobre ideología multidisciplinar y sus relaciones con el discurso. Las ideologías se definen como sistemas básicos de cognición social, como elementos organizadores de actitudes y de otros tipos de representaciones sociales compartidas por los miembros pertenecientes a un grupo. Las ideologías controlan, de manera indirecta, las representaciones mentales (modelos) que están en la base y que conforman el contexto introducido en el discurso y en sus estructuras. En este marco de trabajo, se examina cómo se expresan las estructuras semánticas del discurso (tema, focalización, estructura de las proposiciones, coherencia local, nivel de descripción, implicaciones y macroestructuras) a través de ideologías subyacentes, como las transmitidas en los artículos de opinión del New York Times y el Washington Post.

Palabras claves: *Actitudes, discurso, editoriales, ideología, significado, modelos, New York Times, artículos de opinión, semántica, representación social, texto, Washington Post.*

Abstract

This article presents fragments of a new, multidisciplinary theory of ideology and its relations with discourse, formulated in the broader framework of a critical discourse analysis. Ideologies are defined as basic systems of fundamental social cognitions and organizing the attitudes and other social representations shared by members of groups. They thus indirectly control the mental representations (models) that form the interpretation basis and contextual embeddedness of discourse and its structures. In this framework, it is examined how semantic structures of discourse (such as topic, focus, propositional structure, local coherence, level of description, implications and macrostructures) are monitored by underlying ideologies, as expressed in opinion articles in the New York Times and the Washington Post.

Keywords: *attitudes, discourse, editorials, ideology, meaning, models, New York Times, opinion articles, semantics, social representations, text, Washington Post.*

Introducción

Enmarcado en un proyecto nuevo, vasto y multidisciplinar sobre discurso e ideología, en este trabajo se estudian algunas propiedades ideológicas básicas y se examina la vertiente discursiva de la conexión entre discurso e ideología, es decir, se analiza la manera en que la ideología se articula en el

nivel del significado discursivo. Si se asume que las ideologías se producen y se reproducen socialmente sobre todo mediante formas concretas en los textos, y en las interacciones comunicativas entre los actores sociales, en tanto que miembros grupales, parece plausible suponer que algunas estructuras semánticas del discurso funcionen de forma más efectiva que otras. Este es el objetivo del trabajo: identificar y describir estas estructuras semánticas efectivas, y explicar tanto sus funciones ideológicas en términos sociocognitivos, como sus consecuencias en el discurso. El conjunto de datos en que se fundamenta este análisis es una selección de entre 5.750 artículos editoriales y de opinión publicados en el *New York Times* y en el *Washington Post* durante 1993. El análisis crítico del discurso, que fundamenta teóricamente el análisis de las relaciones entre discurso e ideología que se presenta en este artículo, permite hacer explícito de qué manera los mecanismos de abuso de poder, de dominación y de falta de igualdad se (re)producen a través de unos discursos ideológicos.

Conceptos básicos de la ideología

La teoría de la ideología que enmarca nuestro análisis difiere en muchos puntos de las aportaciones sociológicas y filosóficas que aparecen en cientos de libros y miles de artículos sobre ideología publicados desde la introducción del concepto en el siglo XVIII por Destutt de Tracy (para tempranas inspecciones y discusiones, ver por ejemplo *Centro de Estudios Culturales y Contemporáneos*¹, 1978; Eagleton, 1991; Larrain, 1979; Rosenberg, 1988; Thompson, 1984, 1990).

No hay necesidad (ni espacio) en este artículo de volver la mirada al desarrollo histórico y académico del concepto de ideología sobre el que se ha estado trabajando en los dos últimos siglos, ni de revisar las numerosas aportaciones contemporáneas durante los dos últimos siglos, ni de examinar las variadas aportaciones contemporáneas a la noción teórica posiblemente más evasiva de los estudios de humanidades y ciencias sociales. Y aunque pueda parecer académicamente presuntuoso querer partir de cero, nuestro trabajo pretende proporcionar un primer esbozo de un nuevo marco de investigación futuro mucho más explícito y teórico, desarrollado desde una perspectiva multidisciplinar, sociocognitiva y discursiva.

En nuestra contribución crítica, no pretendemos tachar de equivocadas aquellas definiciones y aportaciones de quienes nos han sucedido, sino que intentamos estudiar de una manera novedosa las principales dimensiones de las ideologías, la mayor parte de las cuales aún siguen formuladas en una jerga filosófica o sociológica algo vaga.

Además, cuestiones tan relevantes como la estructura interna de las ideologías, o las relaciones concretas entre ideología, discurso y otras

prácticas sociales, raramente han recibido un tratamiento explícito. Obviamente, este artículo no pretende abarcar los muchos y muy complejos temas que conciernen a una teoría de la ideología o a una teoría sobre las relaciones entre ideología y discurso; focalizaremos nuestra atención únicamente sobre algunos aspectos cruciales, dejando el resto de temas pendiente para futuras investigaciones.

A modo de sumario, a diferencia de otras perspectivas, nuestro punto de vista específico sobre la ideología se basa en las suposiciones siguientes:

(a) *Las ideologías son cognitivas.* Aunque las ideologías son obviamente sociales y políticas, y están relacionadas con grupos y estructuras sociales (véase más adelante), tienen una dimensión cognitiva crucial. Formulado en términos intuitivos: las ideologías incluyen objetos mentales (ideas, pensamientos, creencias, juicios y valores). Es decir, un elemento relevante de la definición de las ideologías implica que son “sistemas de creencias”. Precisamente en el estudio de los conocimientos sociales y políticos es el marco en donde se han examinado con más detenimiento los sistemas de creencias (Iyengar y McGuire, 1993; Lau y Sears, 1986). Una teoría adecuada sobre la ideología necesita aplicar los resultados obtenidos en las ciencias cognitivas, y debería dejar de utilizar conceptos tradicionales, como el “falso conocimiento”. Por otro lado, sostener simplemente que las ideologías son sistemas de creencias es una afirmación poco específica: las ideologías han de considerarse en abstracto, entendiéndolas como la base “axiomática” del sistema de creencias compartido socialmente por los grupos humanos. Ahora bien, el hecho de que definamos las ideologías en términos cognitivos no significa que sean un fenómeno de cognición individual. Por el contrario, aunque las utilicen y apliquen tanto actores sociales individuales, como miembros grupales, las ideologías se comparten como representaciones sociales (Aebischer et al., 1991; Rosenberg, 1988).

(b) *Las ideologías son sociales.* Al menos desde Marx y Engels, las ideologías se han definido en términos sociológicos y socioeconómicos, y normalmente se han relacionado con grupos, posiciones grupales e intereses o conflictos grupales tales como la lucha de clases, de género o de “raza”, y por lo tanto, también con el poder social y el dominio así como con su imposición y legitimación. Si las ideologías se limitan sólo a las relaciones de dominación, entonces estamos ante una cuestión de contención; sin embargo, desde nuestra perspectiva más amplia sobre el fenómeno, la dominación es una cuestión de opción y definición, y no una característica esencial para construir un concepto útil de ideología. Dicho con otras palabras, las “ideologías dominantes”, en el sentido exclusivo de ideologías

de un grupo “dominante” o impuestas por un grupo dominante, son casos especiales de ideología, y no características esenciales de todas las ideologías (véase la discusión en Abercrombie et al., 1980, 1990). En este sentido, asumimos que no sólo los grupos dominantes, sino también los grupos dominados tienen ideologías que controlan su propia identificación, objetivos y acciones. Lo mismo sucede en otros grupos sociales, tales como los profesionales (periodistas, profesores), grupos de activistas (antirracistas, ecologistas, Pro-Vida antiabortistas,...) u organizaciones e instituciones (burocracias, policía).

(c) *Las ideologías son sociocognitivas.* En los sistemas sociales, las creencias (conocimiento, opiniones y actitudes) actúan como una interfaz entre lo cognitivo y lo social. Es decir, las ideologías son *compartidas* (o discutidas) por los miembros del grupo social. Por esa razón, ya que no hay un lenguaje “privado”, según nuestra definición, existen ideologías no personales. La noción de “sentido común”, que desde Gramsci se relaciona habitualmente con la aceptación de ideologías sociales y políticas (Hall et al., 1978b), y que, en el análisis etnometodológico, se entiende como lo “dado por supuesto” por parte de los miembros sociales (Sharrock and Anderson, 1991), es un ejemplo típico de una noción teórica que posee las dos dimensiones: la cognitiva y la social. Al igual que las normas y las reglas gramaticales de las lenguas naturales, las ideologías son *de dos tipos*: por un lado, son cognitivas, y están impregnadas de principios básicos de conocimiento social, juicio, entendimiento y percepción; y, por otro lado, son sociales, en tanto que compartidas por miembros de grupos o instituciones, y relacionadas con los intereses socioeconómicos o políticos de estos grupos. Las ideologías se comparten socialmente mediante “marcos interpretativos” que permiten a los miembros del grupo entender y dar sentido a la realidad social, las prácticas diarias y las relaciones con otros grupos (Button, 1991). A este respecto, las ideologías también controlan nuestras “experiencias diarias” (Althusser, 1971). Desde el punto de vista del conocimiento social y de otros tipos de creencias, las ideologías son los sistemas compartidos más específicos basados en procesos mentales que sirven para construir las representaciones sociales.

(d) *Las ideologías no son ‘verdaderas’ o ‘falsas’.* Las ideologías no pueden definirse en términos de verdad o falsedad, como sucede en las aproximaciones tradicionales (para un debate sobre el tema, véase Eagleton, 1991; Larrain, 1979; Mannheim, 1936). Esto no significa que, por ejemplo, los racistas no tengan creencias ‘falsas’ sobre los negros, o los hombres machistas sobre las mujeres. No significa tampoco que las feministas no puedan tener creencias ‘verdaderas’ sobre la dominación masculina o los

ecologistas sobre la polución, que constituyen estándares específicamente epistemológicos y criterios de conocimiento y verdad (Kornblith, 1994). Pero todos estos ejemplos sugieren que las ideologías en general no son específicamente ‘verdaderas’ o ‘falsas’. Mejor dicho, las ideologías representan la posibilidad partidista, de ‘verdad’ autoservida de un grupo social. En este sentido, las ideologías son marcos de interpretación (y acción) más o menos *relevantes* o *eficientes* para aquellos grupos que son capaces de llevar más allá los intereses del grupo.

(e) *Las ideologías pueden tener varios grados de complejidad.* En nuestro planteamiento, las ideologías desarrolladas contienen sistemas de creencias explícitos. Si bien las investigaciones demuestran que no todas las personas tienen una ideología política explícita, es probable que sí tengan ideologías más explícitas sobre los temas sociales más importantes para el grupo social al que pertenecen. Estas ideologías pueden ser simples o muy complejas, y consisten en unas cuantas proposiciones básicas o en marcos más amplios, como la ‘democracia’ o el ‘socialismo’. De hecho, a diferencia del uso del concepto ‘ideología’ utilizado en textos y conversaciones cotidianas, las ideologías no se limitan únicamente a los grandes ‘ismos’ filosóficos o políticos (Skidmore, 1993). Más aún, deberían entenderse como los axiomas básicos de un concepto *naive*, implícito en la teoría social que tiene un grupo sobre sí mismo y sobre su posición en la sociedad. Tales marcos ideológicos no necesitan ser muy precisos, ni estar bien organizados o ser consistentes. Han ser borrosos, vagos, confusos e inconsistentes, mientras funcionen (más o menos eficientemente) monitorizando las interpretaciones sociales y la interacción. Los diferentes grados de complejidad de las ideologías se relacionan con la estratificación social y las reglas sociales, en el sentido de que los líderes, elites o los que han recibido una mejor educación, y en general los ‘ideólogos’ de un grupo, pueden tener un sistema ideológico más complejo y sofisticado (para debate, ver Billig, 1991; Converse, 1964; Lau y Sears, 1986; Seliger, 1976; Tetlock, 1984, 1989, 1991, 1993).

(f) *Las ideologías presentan unas manifestaciones contextuales variables.* Es frecuente que las expresiones ideológicas de los miembros de un grupo parezcan vagas, confusas, contradictorias o incoherentes, lo cual no implica que las ideologías, consideradas en ellas mismas, sean contradictorias. La variación contextual y personal del discurso ideológico y de la acción pueden deberse a, por ejemplo, (1) el hecho de que la gente sea miembro de, o se identifique con, una variedad de grupos, y por lo tanto pueda compartir diferentes ideologías y valores, en ocasiones contradictorios (Tetlock, 1993); (2) las normas sociales generales o leyes (p.

ej. contra la discriminación) cohiben una acción ideológicamente ‘libre’; (3) los límites contextuales (objetivos, educación, impresión, etc.); y (4) las experiencias personales, biografía, motivación, emociones, dilemas (Billing, 1998) o los principios de cada uno de los miembros de un grupo social. En resumen, antes de que las ideologías básicas pudieran ‘expresarse’ en prácticas sociales, existen muchos otros factores sociales, sociocognitivos y personales que han podido influir en tales expresiones. Esto significa que las ideologías no son deterministas: pueden influir o monitorizar o controlar el discurso social y la acción, pero no ‘causan’ o ‘determinan’, ni son el único sistema mental que controla la producción del discurso y su comprensión.

(g) *Las ideologías son generales y abstractas.* Desde una perspectiva etnometodológica, la variabilidad contextual de (las expresiones de) la ideología se entiende como una evidencia de que las ideologías se “producen localmente”, y de no es necesario recurrir a ningún sistema general o abstracto para explicarlas (Button, 1991). En nuestra teoría, proponemos una aproximación alternativa, a saber, las ideologías, como tales (esto es como sistemas abstractos) son independientes de la situación, y únicamente sus expresiones variables son producidas localmente y comprimidas contextualmente. La principal razón teórica de nuestra propuesta es explicar por qué, normalmente, los miembros sociales *son* tan consistentes y tan parecidos en sus expresiones ideológicas, sin recurrir a la suposición de que los sistemas ideológicos son relativamente estables y continuos. Las descripciones estrictamente locales, situacionales o contextuales no son capaces de responder a las similitudes que presentan la mayoría de los miembros del grupo en sus acciones y en sus discursos independientes del contexto. Lo mismo sucede con el conocimiento sociocultural que define ‘sin cuestionarlos’ el discurso y la interacción. Este conocimiento independiente del contexto y compartido socialmente implica que las ideologías que controlan opiniones y juicios coinciden. Por ejemplo, la mayoría de los miembros de grupos minoritarios reconocerán en el racista unas prácticas concretas cuando estos miembros de grupos minoritarios se enfrenten a otros grupos, y serán capaces de inferir y comparar, cruzando contextos, ideologías racistas básicas subrayando diversas formas de discriminación. De igual modo, su propio conocimiento del racismo podrá basarse en ideologías antirracistas, por ejemplo al ofrecer axiomas generales sobre la igualdad o diferencia entre grupos ‘raciales’ (Essen, 1991).

Hacia una teoría ideológica

En el marco de esta aproximación general, una teoría de la ideología apropiada es explícita si es capaz de explicar:

- a qué se ‘parecen’ actualmente las ideologías, definidas como sistemas básicos de cognición social;
- qué componentes las constituyen;
- cómo se organizan internamente estos componentes;
- cómo influyen los componentes en otras cogniciones sociales, tales como el conocimiento compartido y las actitudes grupales;
- bajo qué condiciones sociales se adquieren o se modifican las ideologías
- qué funciones sociales, culturales y políticas cumplen estas ideologías;
- y finalmente cómo se utilizan estas ideologías actualmente, esto es
 - cómo se representan en el discurso y en otras prácticas sociales,
 - cómo se comparten entre los diferentes miembros del grupo,
 - cómo se modifican,
 - y cómo se reproducen como característica fundamental sociocognitiva de un grupo social.

De todas estas complejas tareas, en las que cada una requiere una teoría por derecho propio, resumiremos únicamente las sociocognitivas, y a continuación discutiremos en detalle las relaciones entre estas estructuras cognitivas y las estructuras semánticas del texto y del habla. En un futuro trabajo, en el marco de este proyecto, nos centraremos en las interconexiones entre ideologías definidas como marcos sociocognitivos y sus funciones sociales, políticas y culturales, y sus consecuencias, del mismo modo que las relaciones entre ideologías y otras estructuras del discurso.

En síntesis, el marco teórico que queremos desarrollar en este trabajo podría resumirse como sigue:

Las ideologías son marcos básicos de cognición social, son compartidas por miembros de grupos sociales, están constituidas por selecciones de valores socioculturales relevantes, y se organizan mediante esquemas ideológicos que representan la autodefinición de un grupo. Además de su función social de sostener los intereses de los grupos, las ideologías tienen la función cognitiva de organizar las representaciones (actitudes, conocimientos) sociales del grupo, y así monitorizar indirectamente las prácticas sociales grupales, y por lo tanto también el texto y el habla de sus miembros.

Antes de que examinemos los modos en que las ideologías controlan el significado del discurso, analizaremos brevemente los principales conceptos que integran este marco teórico.

Valores

A diferencia del conocimiento, las ideologías –tal y como las definimos aquí– son, esencialmente, sistemas de cognición social *evaluados*: proporcionan la base de juicios sobre qué está bien o mal, qué es correcto o incorrecto, y facilitan guías básicas para la percepción social y la interacción. Por lo tanto, ha de asumirse que la construcción básica de los bloques ideológicos son los valores socioculturales, tales como la Igualdad, la Justicia, la Verdad o la Eficiencia. Estos valores, normalmente, no han sido acotados por los grupos específicos, sino que tienen una relevancia cultural más amplia. Esto significa que, aunque algunos valores sean universales, también pueden ser culturalmente específicos y variables (Hofstede, 1980; Rokeach, 1973, 1979). En función de su posición social y de sus objetivos, cada grupo social da por supuesto que puede hacer una selección interesada de estos valores y asignarles una jerarquía de relevancia. Por ejemplo, las feministas y los antirracistas pueden enfatizar el valor de la Igualdad, mientras que los encargados de una corporación acentuarán la Libertad (de mercado), o los profesores y periodistas los valores de la Verdad y la Confianza como un criterio ideológico básico dirigidos a cumplir sus objetivos y a justificar sus acciones (Eisenberg et al., 1989). De este modo, los valores que ha elegido cada grupo pueden considerarse como el criterio básico para evaluar las opiniones que definen los sistemas ideológicos.

Estructuras ideológicas

Como en la mayoría de sistemas cognitivos, las ideologías no son probablemente un conjunto desordenado de proposiciones valorativas. Más bien, se *organizan* de varias maneras. En este sentido, muchas ideologías, por ejemplo aquellas que subrayan las relaciones de conflicto social, dominación y resistencia, pueden organizarse mediante la polarización para definir lo que está dentro o fuera del grupo (Abrams y How, 1990). Por ejemplo, el racismo y las ideologías nacionalistas categorizan prototípicamente a la gente con un “Nosotros contra Ellos” (entre grupos de exclusión, como los blancos contra los negros, ‘nuestra’ gente se opone a los extranjeros), o los ‘establecidos’ contra los de ‘advenedizos’ (Elias y Scotson, 1965). A causa de su relevancia en la estructura social y, por lo

tanto, de su posición en la competición para acceder a los recursos sociales, algunos grupos representan el papel de grupos-referencia, como parte de su propia ideología.

Esta definición ideológica de las relaciones entre grupos es, probablemente, parte de un esquema más complejo que organiza las ideologías y demás cogniciones sociales (Fiske y Taylor, 1991; Iyengar y McGuire, 1993; Lau y Sears, 1986). Si todos los miembros sociales desarrollan ideologías, como parte de la función misma de pertenecer como miembro a un grupo, y necesita hacer esta práctica de forma repetida y eficiente, entonces podemos asumir que los miembros de un grupo también desarrollan un esquema estructural al que pueden adecuarse los axiomas ideológicos específicos y sus variables. Este esquema incluye una serie de categorías básicas, y de reglas o estrategias que definen o regulan las relaciones entre estas categorías.

En vez de representar el interés básico del propio grupo, asumiremos provisionalmente que las ideologías pueden concebirse como un tipo de *autoesquema grupal*. En contra de la teoría sociológica de grupos y formaciones sociales, estos autoesquemas constan de un número limitado de categorías básicas que organizan las proposiciones evaluativas y definen el (tipo de) grupo:

- *Identidad/Pertenencia*. ¿Quién pertenece al grupo y quién no, quién es admitido en el grupo y quién no? Queda particularmente claro, en el caso de los racistas, etnocéntricos, xenófobos o en las ideologías nacionalistas, que el significado que adquiere un ‘nosotros, los blancos europeos’ en referencia a los que pertenecen a Europa, discrimina a los que no lo son y no se les trata de manera equitativa en comparación con el resto de ciudadanos (Miles, 1989; van Dijk, 1984, 1987). Igual sucede en el caso de las ideologías de resistencia, por ejemplo entre los grupos de minorías étnicas o feministas. El Origen, la Apariencia, la Etnicidad, el Género, el Lenguaje, la Religión, etc. son propiedades autodefinidas fundamentales, relacionadas con la discriminación del otro, que también caracterizan a esta categoría de grupos minoritarios de ideología de resistencia, aunque habitualmente se atribuyen a los demás grupos. La categoría de la discriminación se utiliza, sobre todo, para definir las categorías sociales como grupos: mujeres y hombres, blancos y negros, viejo y joven, ciudadanos y extranjeros o inmigrantes, etc.
- *Tareas/Actividades*. ¿Qué hacemos normalmente? ¿Qué se espera de nosotros? ¿Cuál es el papel o tarea de nuestro grupo? Así, los

periodistas obviamente están (auto)representados escribiendo nuevas historias, los profesores enseñando y haciendo investigación, y las feministas están comprometidas en la acción contra el machismo. Las tareas y las actividades definen (las ideologías de) los grupos profesionales y los papeles sociales, tales como profesores y carpinteros, madres y padres, grupos de acción y asociaciones.

- *Objetivos.* Las acciones de grupo se realizan en base a uno o varios objetivos sociales: los periodistas (¡miradlos!) escriben noticias para informar al público o para actuar como perros guardianes de la sociedad; los médicos, como promotores de la salud; los profesores enseñan para educar a la juventud, o investigan para encontrar la verdad; los ecologistas protestan contra la contaminación, en lugar de proteger la naturaleza o promover la salud. Los objetivos sirven principalmente para definir la orientación de los grupos hacia la consecución de unas metas determinadas, como los antirracistas y las feministas. Recordemos que éstas son categorías *ideológicas*: no se trata tanto de lo que los miembros del grupo son, hacen o consiguen realmente, sino de cómo se ven a sí mismos.
- *Normas/Valores.* Para cada grupo, las tareas y los objetivos están sujetos a una selección específica de criterios ideológicos para juzgar normas y valores, tales como la Objetividad en las noticias (periodistas), la Justicia en la elaboración o el ejercicio de la ley (políticos, jueces), o la Seguridad para proteger el país y sus ciudadanos (policía, militares). Las normas y los valores normalmente definen los grupos políticos y religiosos, como liberales y conservadores, Católicos y Protestantes.
- *Posición.* Cada grupo se define no sólo por sus características inherentes, tareas, objetivos y juicios de valor, sino también por la relación que establece con otros grupos: los periodistas con respecto a su público (o los personajes que aparecen en sus noticias), los profesores con respecto a los estudiantes, los doctores con respecto a sus pacientes, y las feministas con respecto a las mujeres y los hombres en general (género), y a los hombres machistas en particular. La categoría de Posición define a los amigos y enemigos, aliados y adversarios, oponentes y seguidores, así como las relaciones sociales de dominación, competición intergrupual y conflicto. Obviamente, desde el punto

de vista de la ideología, la Posición es la categoría base que define a los grupos sociales: las elites y las masas (la 'gente'), jefes y subordinados, etc.

- *Recursos*. Todos los grupos sobreviven o se reproducen si y sólo si han accedido a los escasos recursos sociales. Los grupos específicos se definen por su acceso (preferente) a un material específico o a recursos simbólicos, como la ciudadanía, residencia, estatus, derechos humanos, respeto, trabajo, salud, vivienda, bienestar, ingresos, conocimiento o discurso público. De este modo, los periodistas desearán proteger su privilegiado acceso a la información, los profesores al conocimiento, los gerentes al capital o a los beneficios, y las feministas a una igualdad salarial. El acceso (o no) a los recursos define al rico y al pobre, al empleado y al desempleado, al que no tiene casa, y en general a los que Tienen y a los que No Tienen.

El conjunto de estas categorías define lo que tradicionalmente se denomina (aunque no han sido apenas analizados) los *intereses* de grupo. De nuevo, debería subrayarse que estas categorías y sus contenidos proposicionales no reflejan necesariamente la realidad social, pero son una construcción ideológica autoservida, una autoimagen del grupo y sus relaciones con los demás grupos (Abrams y How, 1990; Turner y Giles, 1981).

Actitudes

Una de las funciones sociocognitivas más importantes que desempeñan las ideologías es organizar de manera específica lo que tradicionalmente se conoce como *actitudes*, es decir, los elementos compartidos en las opiniones y en los esquemas mentales sobre temas sociales. De este modo, por ejemplo, bajo el control de una ideología racista, esperaríamos más actitudes específicas hacia lo 'racial' o hacia los Otros; en el sistema educativo y otros dominios sociales, esperaríamos actitudes hacia la acción positiva, la escolaridad, la gerencia, lo 'políticamente correcto', etc. Sin un buen paquete ideológico de proposiciones axiomáticas, ninguno de estos elementos tendría organización, aunque podría asumirse que están relacionados de maneras complejas. Los prejuicios compartidos por diversas actitudes (como "Ellos tienen privilegios injustamente" en educación, en vivienda o en empleo) pueden estar controlados directamente por principios ideológicos subyacentes.

Si las ideologías no se expresan directamente en un discurso ideológico (como en una charla de socialización, propaganda, sermones o manuales), pueden deducirse gradualmente por las actitudes, antes de que puedan utilizarse para la construcción de nuevas actitudes o para la organización del grupo y en los cambios en las actitudes actuales.

Nótese que nuestra noción de ‘actitud’ es diferente del uso tradicional que no distingue entre lo compartido socialmente, las opiniones generales, por un lado, y las opiniones personales específicas, por el otro (para debate, véase Eagly y Chaiken, 1993). Tal y como las definimos aquí, las actitudes son formas de esquematización organizada, y por lo tanto representaciones sociales compartidas por los miembros de un grupo. (Fiske y Taylor, 1991; Resnick et al., 1991).

Modelos

Para conectar las ideologías y el dominio de las actitudes sociales, que controlan el texto y el habla, y ordenan las acciones sociales, necesitamos una interfase cognitiva que sea capaz de traducir hechos y situaciones comunes que vayan de lo general a lo específico, de las actitudes sociales a las opiniones personales y del conocimiento general al personal.

Esta interfase se forma a partir de *modelos*, almacenados en la memoria episódica (personal). Los modelos son representaciones mentales de las experiencias personales que se van almacenando a partir de acciones, hechos o situaciones específicas (también llamadas “modelos de situación”, “modelos de hechos” o “modelos episódicos”). Si un grupo de gente comparte actitudes sociales sobre el medioambiente en general, o sobre la construcción de plantas nucleares en particular, los individuos del grupo pueden tener una representación específica, esto es, un modelo, sobre la construcción de esta planta nuclear específica. De forma similar, las actitudes racistas podrán concretarse a través de unos particulares hechos étnicos y una específica minoría grupal, dentro de unos contextos específicos de interacción y discurso (van Dijk, 1985).

Esto significa que los modelos forman la base mental que sitúa al texto y al habla: son lo que la gente habla, o a lo que se refiere, caracterizan las construcciones de unos hechos subjetivos del pasado, presente o futuro; representan experiencias personales así como planes para la acción (Jonson-Laird, 1983; van Dijk y Kintsch, 1983; van Oostendorp y Zwan, 1994). Que los modelos sean construcciones mentales subjetivas explican por qué la gente puede ser parcial, estar equivocada o tener representaciones de la realidad ficticias o equivocadas, como sucede en las representaciones racistas de los hechos étnicos.

Es en este punto donde las ideologías y otras representaciones sociales se conectan con el significado del discurso. Planear (parte de) un texto o conversación, así como interpretarlo, supone la construcción de un nuevo modelo o la actualización de un modelo o hecho antiguo. En este proceso estratégico de construcción y actualización de modelos, opera un esquema efectivo, ya que lo ponemos en práctica con éxito cientos de veces al día. Este esquema se compone de categorías operativas como el Ajuste (Lugar, Tiempo), Circunstancias, Actores, Acciones, etc., cada una con sus propias características. Estas categorías esquemáticas también aparecen en (y explican) una estructura con proposiciones bien construidas y funcionales (papeles semánticos) como es el caso de la estructura y el orden de las frases. Las estructuras del modelo se insertan en las estructuras semánticas, de tal manera que proporcionan la conexión necesaria entre nuestro *conocimiento* de los hechos y el *significado* de nuestros discursos.

Los modelos no sólo representan nuestro conocimiento sobre las acciones u otros hechos y sobre los participantes en tales hechos, sino también nuestras *opiniones* específicas. Por lo tanto, los modelos son personales y evaluativos, y, en consecuencia, subjetivos y únicos: cada persona tiene un modelo específico (plan, interpretación) de cada texto en cada situación. Leer el mismo texto después puede dar lugar a un modelo diferente, actualizado o modificado.

Como interfase entre la cognición social y personal, los modelos son representaciones mentales que se usan para procesar (la producción del discurso o la comprensión) en ambos sentidos. Por un lado, los modelos emplean las cogniciones sociales en situaciones específicas, personales. Por otro, proporcionan la base para los procesos de generalización, abstracción y descontextualización que se activan en la formación del conocimiento y de las actitudes compartidas por miembros grupales. Las opiniones en los modelos son la base para la formación de actitudes. Bajo la influencia de las actitudes ideológicas, los modelos pueden ser parciales y sus generalizaciones también pueden serlo, confirmando los estereotipos y prejuicios del racista o del sexista (Zinder, 1981).

Los modelos proporcionan una explicación teórica atractiva para la paradoja típica, discutida más arriba, de la variación personal, contextual y la unicidad de acciones, discurso y su interpretación personal, por un lado, y la continuidad y semejanza del discurso y la acción en diferentes situaciones, por el otro. Mientras más se asemeje el modelo al conocimiento general y a las actitudes de un grupo, más estandarizado y estereotipado será. Es el caso de los modelos de prejuicios, únicamente atentos a las cogniciones del propio grupo social, mientras que ignoran las aportaciones personales de actores ajenos al grupo y a sus circunstancias (van Dijk, 1984,

1987, 1991, 1993; véase también las contribuciones en, por ejemplo, Hamilton, 1981; Zanna y Olson, 1993).

Modelos contextuales

Hay un tipo específico de modelo que juega un papel decisivo en el discurso y la comunicación, a saber, los modelos de contexto, que, como cualquier otro modelo, consiste en representaciones de hechos, situaciones y actores. Mientras leemos un diario, construimos y actualizamos continuamente un modelo de diario (y sus características), un modelo del autor del reportaje o editorial, del yo como lector, así como también modelizamos otras características contextuales, tales como el objetivo de nuestra lectura. Igual sucede en nuestras conversaciones diarias y en los demás géneros discursivos.

Los modelos de contexto son cruciales en la planificación y el entendimiento de un vasto número de propiedades discursivas, normalmente sintetizadas en términos ‘pragmáticos’, como los actos del discurso, la educación y la autopresentación. De cualquier modo, juegan un papel en la monitorización y la interpretación del estilo y de la variación, desde la voz y palabras léxicas hasta la organización de la función comunicativa del contexto, o de nuestra representación mental (posiblemente parcial) de la situación comunicativa en curso. Un contexto ‘informal’, en tanto que representado en un modelo, influye en la elección de variantes léxicas ‘informales’ en la expresión del significado. La información (conocimiento y opiniones) se organiza en modelos de contexto y monitoriza la manera en que se formulan los modelos de hechos y acciones en el discurso actual. Los modelos de contexto también definen el punto de vista, la perspectiva y las opiniones asociadas. Puesto que los hechos de un modelo se describen en el discurso, ello explica la importancia de las implicaciones ideológicas de las posiciones sociales que se adopten. Se trata de un aspecto del lenguaje y de la producción (y comprensión) del discurso que hasta el momento sólo ha recibido algo de atención en los primeros trabajos de la psicología del lenguaje y el discurso (Levelt, 1989; van Dijk and Kintsch, 1983).

Otros conocimientos personales

El acontecimiento y los modelos de contexto pueden generalizarse del mismo modo que nuestras experiencias personales pueden resumirse en el tiempo, el lugar u otras variables. Nuestro conocimiento personal suele ser de este estilo. Un mismo hecho, desde el punto de vista de nuestra opinión personal, puede ser verdad, o bien se ‘inventará’ para cada situación, pero

será activado por los modelos generales que tenemos sobre los mismos actores y los mismos tipos de acontecimientos. Parte de lo que se define tradicionalmente en términos de “self” y de “personalidad”, será definido mediante modelos personales y sus propiedades, que incluyen estrategias típicas de compromiso en la acción y la interacción (‘características’ tales como ser extrovertido o dinámico). Debemos considerar que, además del conocimiento y las actitudes compartidas socialmente, los conocimientos personales pueden afectar a las estructuras de los modelos específicos. En este punto, no consideraremos el afecto o la emoción, que depende de un contexto y de estados de ánimo (‘estímulo’), ya que puede o no acompañar opiniones y por lo tanto influir en los modelos (Coger, 1989; Tan, 1994; Zajonc, 1980).

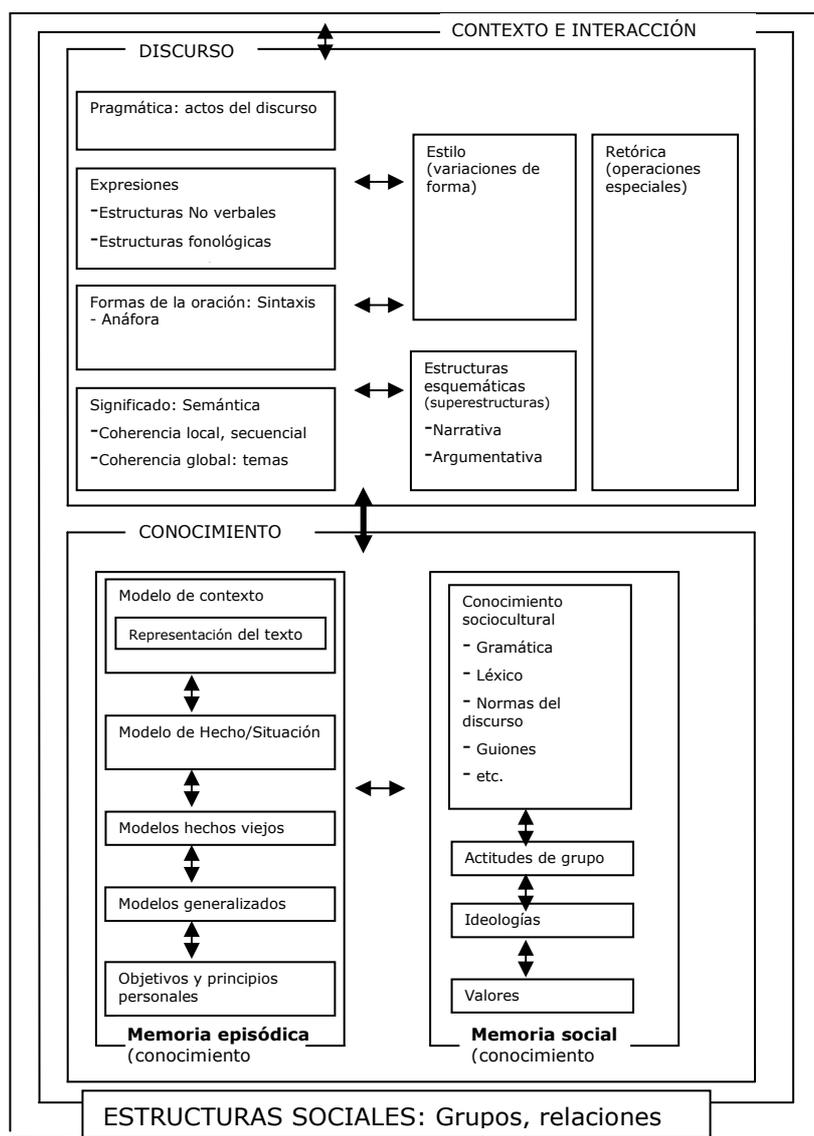
Modelos “parciales”

Hemos visto que, a causa de la inmediatez de las actitudes generales del grupo, o de forma específica, debido a las opiniones personales, las actitudes ideológicas también influyen en la formación o la actualización de los modelos de acontecimientos y de contextos. Esto significa que, indirectamente, los modelos pueden ser en sí mismos ideológicos. Cuando hablamos de una interpretación ‘parcial’ de una situación o texto, queremos decir que los usuarios del lenguaje han aplicado prejuicios u otras actitudes ideológicas en la construcción de sus modelos sobre tales acontecimientos y su contexto de comunicación. Ya que los modelos son la base mental del discurso, es a través de los modelos ideológicos mediante los que los discursos se convierten en ‘ideológicos’ o son interpretados ideológicamente. *En resumen, una teoría del modelo mental ofrece la (hasta ahora inexistente) conexión entre las ideologías y el discurso.*

Nótese que esta conexión es indirecta, porque entre discurso e ideología hemos postulado la presencia de las cogniciones sociales, tales como actitudes y conocimiento, así como las cogniciones personales, tales como los modelos. Este planteamiento también explica por qué el discurso no siempre muestra las estructuras ideológicas explícita y directamente, o incluso puede mostrar opiniones ideológicas contradictorias, o ninguna posición ideológica en especial. *En otras palabras, es metodológicamente crucial advertir que las ideologías no pueden ser siempre estructuras del discurso ‘leídas de un tirón’ sin tener en cuenta la posible transformación del rol de los factores que intervienen en los acontecimientos personales, los modelos de contexto y de las actitudes conflictivas controladas por las ideologías con las que se identifican los diferentes grupos de usuarios lingüísticos.*

Control del discurso ideológico

El marco teórico esbozado arriba nos ha proporcionado una idea aproximada sobre las relaciones entre ideologías y estructuras textuales o conversacionales. Estas relaciones se resumen en el Cuadro 1.



Cuadro 1. Representación esquemática de las relaciones entre ideologías (y otros conocimientos) y diversas estructuras del discurso en su contexto interaccional y social.

Si asumimos lo establecido hasta este momento en nuestra exposición, estamos ahora preparados teóricamente para profundizar en el análisis del control ideológico del discurso. Existen diversas maneras de hacer explícito el análisis que nos proponemos acometer. Una de ellas es examinar los posibles efectos del control de las ideologías sobre las estructuras del texto y del habla, un fenómeno que aparece en las producciones de los oradores o escritores de un grupo específico con unas ideologías específicas y en la manera en que los usuarios escuchan o leen el discurso como una interpretación ideológica. Por lo tanto, el análisis del control de la ideología sobre la estructura discursiva nos permitirá realizar una simulación del proceso de producción y de interpretación ideológicas.

Sin embargo, este planteamiento presenta una complicación teórica: los usuarios no sólo usan las estructuras discursivas como ‘input’ durante la interpretación, sino que también activan grandes cantidades de conocimiento y otras cogniciones sociales. Ello es debido a que incluso en la interpretación, los receptores de la comunicación continuamente intentan equiparar, en ambos sentidos, las estructuras discursivas con las representaciones cognitivas.

Semántica del discurso

Entre los diversos niveles de discurso en los que las ideologías pueden aparecer para manifestarse, juega un papel central el nivel de significado y referencia. Las representaciones cognitivas de las actitudes y modelos pueden relacionarse directamente con otro significado, más superficial en los niveles del discurso y afectado por la ideología, como la sintaxis, la fonología o las estructuras gráficas (Kress y Hodge, 1993).

Sólo la pragmática y la interacción de la estructura del texto y el habla, así como algunos aspectos de estilo y retórica, pueden ser directamente monitorizadas por estructuras ideológicas, por ejemplo a través de modelos de contexto, y no por la vía de los modelos de acontecimiento y significado. Un ejemplo bien conocido de esta última forma de control de la estructura de la superficie no semántica es la selección de los pronombres personales y otras formas gramaticales con una función de cortesía (posiblemente ideológica) representada en los modelos de contexto.

Aunque la mayor parte de las nociones semánticas (como el ‘significado’, las ‘proposiciones’, las ‘implicaciones’ o la ‘coherencia’) tratadas más adelante requerirían una extensa discusión y análisis, el objetivo de este artículo es focalizar no tanto la teoría semántica del discurso, como los modos en los que las ideologías afectan al significado del discurso. De cualquier modo, dada la variedad de teorías semánticas

aplicables en el análisis del discurso, resumiremos brevemente nuestra aproximación a la semántica del discurso como sigue, antes de examinar los mecanismos que afectan a las ideologías (para más detalles, véase van Dijk, 1977, 1980):

- La semántica lingüística es una abstracción de una cognición semántica del discurso más amplia que cuenta no sólo con estructuras de significado reducidas sino con los actuales procesos y representaciones involucradas en la producción y comprensión del significado. Muchas propiedades del discurso, como la coherencia local y global, requieren un acercamiento cognitivo más amplio, en vez de contar con los roles del conocimiento en la descripción del ‘sin sentido’ del discurso (van Dijk y Kintsch, 1983).
- Nuestra semántica es obviamente mentalista: es el caso de la mayoría de psicólogos. En vez de explicar qué hacen los seres humanos (y cómo producen y entienden el sentido del discurso), encontramos teóricamente útil trabajar con conceptos tales como ‘mente’ y ‘memoria’ y sus ‘procesos’ y ‘representaciones’ (pero no decimos nada sobre sus posibles relaciones con las estructuras neuro-psicológicas del cerebro). Sin embargo, para nosotros, esto no significa que la inteligencia y sus significados son (sólo) individuales. Por el contrario, como hemos subrayado antes, los objetos mentales, tales como los significados, el conocimiento, las actitudes e ideologías pueden ser compartidas por miembros de grupos, comunidades o culturas, y son por lo tanto sociales. De hecho, el discurso es uno de los métodos y condiciones primarios de las ‘conciencias’ compartidas socialmente. Igualmente, los significados específicos y locales del discurso pueden ser contruidos en y por la interacción de los participantes sociales (Coulter, 1989). En otras palabras, una teoría cognitiva del significado del discurso, como aquí se propone, requiere una teoría del significado sociocultural e interaccional, y viceversa. Los principales problemas teóricos y filosóficos se encuentran en este punto, aunque no nos referimos a ellos en este artículo.
- En un sentido intelectual, la diferencia entre la cognición social y la cognición personal también permite diferenciar entre el significado personal o contextual, por un lado, y los significados compartidos socioculturalmente, por otro. Naturalmente, los significados socioculturales compartidos, como por ejemplo los

codificados en el léxico, se utilizan en la construcción de significados de significados específicos situados en discursos particulares.

- Aunque las estructuras semánticas pueden tener una complejidad variable, no hay límites *a priori* entre los significados de palabras, frases, oraciones, secuencias de oraciones, párrafos o textos enteros. Frecuentemente, los “mismos” significados pueden ser expresados en categorías sintácticas diferentes de un alcance variable, dependiendo de las restricciones contextuales, por ejemplo, aquellas que definen un estilo o unas condiciones pragmáticas. A diferencia de las oraciones semánticas, el discurso semántico representa todo tipo de significados del texto y del habla.
- La semántica del discurso no sólo trata de significados o intenciones, sino también de referentes o extensiones, como sucede en la semántica formal y filosófica (Seuren, 1985). De esta manera, la coherencia local frecuentemente incluye expresiones correferenciales, cuyas interpretaciones se basan en el mundo real o en ‘cosas’ imaginarias. Lo mismo sucede con las condiciones basadas en la referencialidad o coherencia local, por ejemplo en las relaciones sobre ‘hechos’ expresados siguiendo formas condicionales, causales o temporales (van Dijk, 1977). La teoría del modelo cognitivo, tal y como se ha planteado más arriba, proporciona una base de interpretación relativa para una semántica referencial: lo que significa que los discursos se interpretan en relación a nuestra representación (subjetiva) de los hechos antes que con respecto a la realidad (objetiva). En otras palabras, la coherencia del discurso es relativa, (inter)subjetiva y está definida por modelos mentales (Garnham, 1987).

Examinemos ahora brevemente algunas dimensiones importantes de la semántica del discurso y las maneras que tienen las ideologías de asumir (en parte) el control de la construcción del significado y la referencia en el discurso.

Sugerimos que la semántica del discurso debería tener en cuenta no sólo el significado de las estructuras más allá del límite de la frase, sino también las posibilidades de dependencia del discurso –significado de palabras, frases, cláusulas y oraciones y sus relaciones mutuas. Sin embargo, las limitaciones de espacio nos fuerzan centrarnos en los significados discursivos específicos, aunque a continuación resumiremos

brevemente algunas implicaciones ideológicas de otras propiedades de la semántica:

Verdad y falsedad.

Hemos visto que las nociones semánticas fundamentales (referenciales) de ‘verdad’ y ‘falsedad’ frecuentemente se asocian a las ideologías (Larrain, 1979). Más específicamente, las ideologías han sido habitualmente identificadas como creencias “falsas”, o “falsa consciencia” por ser inculcadas por un grupo dominante en vez de legitimar u ocultar su dominancia. Sea como fuere, optamos por una concepción de la ideología más general, en la que lo verdadero o lo falso puedan, pero no necesiten, jugar un papel definitivo. Obviamente, como hemos discutido más arriba, algunas ideologías (como la racista o sexista, y también la de los ateos o religiosos) pueden basarse en falsas creencias cuando se juzgan a través de unos criterios aceptados ampliamente como verdaderos, pero éste no es el caso de todas las ideologías. Lo importante en esta definición es que las ideologías especifican cómo los grupos y sus miembros perciben, interpretan o construyen la realidad social, y que estas construcciones del “sí mismo” pueden incluir falsas creencias, es decir, lo que asumimos como válido para un grupo-independiente, lo que consideramos epistemología sin perjuicios (Kornblith, 1994). Igualmente, las ideologías de la resistencia pueden, por otro lado, utilizar como un instrumento de cambio las creencias ‘verídicas’ en vez de las funciones efectivas. Resumiendo, lo que para nosotros es ‘conocimiento’, otros pueden considerarlo ‘meras creencias’, y viceversa. Por lo tanto, la verdad y la falsedad no juegan un papel prominente en el discurso controlado ideológicamente.

Proposiciones.

Los significados de las oraciones y el discurso se presentan normalmente en términos de proposiciones, cuyas estructuras (por ejemplo un predicado, argumentos que juegan diversos ‘papeles’ y las modalidades) presuponemos que están controladas por modelos de esquemas mentales. Como sucede en el caso de los modelos, las estructuras proposicionales pueden estar controladas ideológicamente, de la manera que sigue:

- Las *modalidades* de ‘necesidad’ y ‘probabilidad’ pueden depender de la ‘definición de la situación’ por un grupo específico.
- Los *predicados* seleccionados como significados para describir (actores sociales de) fuera de los grupos pueden incorporar

opiniones controladas ideológicamente, como es bien sabido por el uso que se hace de significados como “terroristas” y “luchadores de la libertad”. Este fenómeno puede advertirse en los procesos de lexicalización, a la que volveremos más adelante.

- Los *roles semánticos* de los argumentos proposicionales (como agente, paciente, objeto, etc.) pueden ser designados dependiendo de los roles atribuidos ideológicamente en un modelo. Así, en el contexto de un conflicto social, a los diferentes grupos sociales se le pueden atribuir diferentes tipos o grados de responsabilidad o implicación en las acciones positivas o negativas que sucedan. Como veremos con más detalle más adelante, los actores de un mismo grupo serán seleccionados prototípicamente como Agentes responsables de actos positivos, e irresponsables los Pacientes de actos negativos de Otros, y viceversa por los miembros externos al grupo.
- Estas y otras propiedades de proposiciones cargadas de ‘prejuicios’ pueden resumirse con las nociones de *perspectiva*, *punto de opinión* o *posición*. Esto significa que las proposiciones se construyen a partir de modelos mentales como una función de la posición (contextualizada) del lenguaje del usuario, y posiblemente como una función de creencias controladas ideológicamente. Tal perspectiva controla la representación proposicional del espacio y el movimiento, la dirección, la importancia, lo destacable y otros aspectos del significado.

Lexicalización

Aunque nos centremos en la semántica discursiva, se debería enfatizar que probablemente el mayor grado de significado en un discurso controlado por la ideología es la selección del significado de las palabras mediante la *lexicalización*. Así por ejemplo, una ideología basada en la ecología podría asumir el control de un tema léxico como el de “peligroso”, en oraciones genéricas tales como “las plantas nucleares producen residuos peligrosos” así como en frases concretas como “la planta nuclear de Harrisburg produce residuos peligrosos”. La primera proposición se deriva probablemente de una actitud tomada ante la energía nuclear; la segunda, de un modelo formado a partir de una actitud (van der Pligt, 1992). Nótese que la última oración no *necesita* ser ideológica. Así pues, si se presenta como una descripción de un hecho excepcional, y si el autor no sabe que todas las

plantas nucleares producen polución peligrosa, hablamos de una opinión basada en una conclusión de una propiedad local de una planta nuclear, y no una ‘instancia’ de una actitud más genérica sobre plantas nucleares. En definitiva, según esta teoría, los temas léxicos no son ideológicos, porque codifican la opinión que sólo se representará en modelos mentales, y no en cognición social. Alguien podría decir que su vecino es un ladrón, pero esta expresión será sólo ideológica si, por ejemplo, este vecino es negro y si se cree que es un ladrón porque -como otros racistas- cree que todos o la mayoría de los negros son ladrones.

Como es bien sabido, los ejemplos de uso del lenguaje ideológico se muestran, como sugerimos más arriba, llamando a grupos de gente “terroristas” en vez de “luchadores de la libertad”, o viceversa, lo cual no es sólo el resultado nominal de una categorización evaluativa o identificativa, sino también una decisión ideológica, dada la posición política del hablante y su grupo, como resulta evidente en los siguientes ejemplos de editoriales del *New York Times* (NYT):

- (1) [La expulsión de miembros de Hamas.] Los defensores de Israel argumentan justamente que el mundo toma poca nota de los crímenes terroristas cometidos por extremistas islámicos y de su determinación fanática para bloquear cualquier compromiso establecido entre israelíes y árabes. Pero la expulsión desvía la atención de la queja de Israel. Tiene sentido para el señor Rabin limitar el peligro enmendando la orden de expulsión. (NYT, editorial, 20 de enero de 1993)
- (2) [El bombardeo en el World Trade Center.] Tres días después de la explosión mortal que convirtió los edificios que simbolizan New York en símbolos nacionales de vulnerabilidad, persisten dos preguntas: ¿las autoridades pueden hacer más para prevenir el terrorismo y otras sociopatías relacionadas con los explosivos? ¿Existen mecanismos para detectar grandes armas antes de que exploten? (NYT, editorial, 2 de marzo de 1993)
- (3) Después del terremoto del último año en El Cairo, por ejemplo, el Gobierno se mostró incapaz de proporcionar ayudas efectivas. Los grupos de autoayuda islámicos rápidamente intervinieron, proporcionando comida y cobijo. Ahora, con los terroristas atacando a los turistas, la policía y las iglesias Coptic en nombre del régimen islámico, El Cairo está obligado a responder forzosamente. Pero, a menos que se convierta dramáticamente en más sensible, el Gobierno no cumplirá de la mejor manera posible con su cometido.
- (4) Bien, olvidemos las suposiciones. Sea un derecho constitucional o no, las mujeres no pueden abortar si no hay alguien que las asista. Y éste es el caso, cada vez más numeroso, gracias a un cuadro de terroristas domésticos que muestran poco interés en la educación médica en todos los aspectos referidos a los cuidados de la mujer. (NYT, editorial, 12 de mayo de 1993)

En el ejemplo (1) “terroristas” está, como algo habitual en el Oriente Medio, asociado a los árabes o el fundamentalismo musulmán, igual ocurre con las palabras “extremista” y “fanático”, y se aplican en particular a la gente que utiliza la violencia en resistencia a la ocupación israelí de Palestina (Chomsky, 1984, 1986, 1989; Herman, 1992; Herman y Chomsky, 1988; Said, 1981). Si nos fijamos en el léxico utilizado en esta opinión sobre los palestinos u otros árabes, no hay ningún tipo de duda sobre la posición ideológica del hablante. Un punto de vista palestino hubiera utilizado otros términos para este análisis. El editorial se alinea a favor de Israel y condena la expulsión de los miembros de Hamas. De cualquier manera, el modo en que aparece el editorial sugiere una crítica moderada que uno da a un amigo o un aliado ideológico: al menos en este fragmento, los actos del gobierno israelí no se describen como actos ‘fanáticos’ o ‘terroristas’, ni incluso como violación de la ley internacional, o lo que es lo mismo como ‘crimen’ perpetrado por un estado (para más estudios de la representación de árabes y palestinos, y el conflicto del Oriente Medio, véase por ejemplo Alexander y Picard, 1991; Barranco y Shyles, 1988; Ghareeb, 1983; Harsent, 1993; Kressel, 1987; Lederman, 1992; Schmid, 1982; Shaheen, 1984; Simmons y Lowry, 1990; Wilson, 1991).

Similares posiciones ideológicas pueden detectarse en otros muchos ejemplos. En (2), “terroristas” e incluso “sociopatías” son conceptos reservados para aquellos (presumiblemente musulmanes) que atacaron el World Trade Center en New York, y en (3) los fundamentalistas musulmanes en Egipto se categorizan de igual manera. Sólo en (4) encontramos una aplicación del término que es menos estereotipada, referida a aquéllos que atacan violentamente centros abortivos.

Vemos que el significado de las oraciones, cláusulas, nombres, nominalizaciones y adjetivos son todos blanco posible para expresar el contenido ideológico, frecuentemente en forma de conceptos evaluativos. En todos los casos tal representación semántica de opiniones referida a actitudes o modelos necesitan de un análisis que los ubique en un contexto: el mero uso o aplicación de una palabra como “terrorista” no implica, como tal, que el hablante crea que un grupo social merezca llamarse así. Esto significa que en toda forma de lenguaje indirecto, directo o bien que subraye una característica principal se utilizan términos evaluativos, aunque ello no implica posición ideológica: el escritor puede rechazar la relevancia de la aplicación de tales palabras. En los ejemplos (1)-(4) se llaman “terroristas” a los criminales, asesinos o a la violenta oposición política de los Estados Unidos. Todos los usos del vocablo son literales, previstos, excepto en el ejemplo (4) que se aplica la denominación “terrorismo doméstico” para las actividades antiabortivas, lo cual puede interpretarse como una hipérbole, que permite expresar una actitud proabortiva, a saber, la opinión de que las

mujeres han de poder abortar sin ser perseguidas por ello (Nice, 1988). Detrás de la palabra “terrorista”, la actitud controla la cuestión léxica de “persecución”, mientras que el discurso controlado por una actitud a favor de la vida podría probablemente evitar calificaciones negativas de las acciones antiabortistas (Colker, 1992; Vanderford, 1989).

Por último, el ejemplo (4) también expresa como una opinión negativa el “establecimiento médico” llamando la atención sobre el cuidado de la mujer. El uso de “establecimiento” expresa una opinión ideológica, si asumimos que el escritor se identifica con un grupo (clientes, pacientes, ciudadanos) que se opone al poder de los médicos o de los funcionarios médicos.

Estructuras proposicionales

Hemos visto que a los actores representados en los modelos se les atribuyen diferentes papeles en las proposiciones, con el objetivo de subrayar las actitudes e ideologías. Si un grupo social es descrito consistentemente como el agente responsable de una acción negativa (como pudiera ser el crimen o la violencia), o incluso como un ‘ente involucrado’ en tal acción, como es habitual en el caso de los jóvenes negros en episodios de crímenes, drogas o alborotos, asumiríamos que semejante marco proposicional añade una representación negativa del grupo, y por lo tanto tiene una base ideológica (Fowler, 1991; Fowler et al. 1979; van Dijk, 1988b, 1991). Por el contrario, si un mismo grupo es representado consistentemente en un rol no activo o no responsable, tan pronto como se convierten en agentes de acciones positivas (como el caso que recogen muchos medios cuando cubren las noticias de jóvenes negros), entonces la estructura semántica se convierte significativamente en ideológica (Stykes, 1985). Este cambio sería cierto para Nosotros y aquellos grupos que están a favor de nosotros, cuando Nuestra acción positiva normalmente se asocia con nuestro ser enfático, asimilando Nosotros a un papel más pasivo, menos responsable –como algo que ocurre para nosotros, o algo que nosotros nos forzamos a hacer por otros o por unas circunstancias concretas.

De este modo, en el ejemplo (3), analizado más arriba, las autoridades egipcias se describen como sigue:

Ahora, con los terroristas atacando a los turistas, la policía y las iglesias Coptic en nombre del régimen islámico, El Cairo *está obligado* a responder forzosamente. (el énfasis añadido es nuestro)

Esta formulación sugiere que aunque las autoridades egipcias se describan como agentes para “responder forzosamente” (un buen eufemismo que encubre el terror de estado), la elección de “obligado” y

“responder” apunta a una forma reactiva e inevitable, y por lo tanto menos responsable (también por sus consecuencias). Es el estilo rutinario de los medios para representar a la policía como los que “tienen” que actuar “duramente” cuando se enfrentan a ‘resistencias’ u otras molestias sociales. Los medios adoptan (van Dijk, 1988b, 1991) la perspectiva de la policía (y sus excusas para la violencia policial).

La estructuras proposicionales y el uso de las palabras que dicen algo sobre la naturaleza de la implicación, o sobre las causas o condiciones de la acción (como “Ahora con los terroristas atacando a turistas” en el ejemplo anterior), nos cuenta algo sobre la perspectiva de lo que describe tal implicación. Los eufemismos que minimizan la importancia de las acciones negativas (por ejemplo la violencia) de las autoridades más adelante serán partícipes de la construcción de este significado. De nuevo esto muestra que en vez de que los significados sean interpretados como posiciones ideológicas, necesitamos analizar la frase completa, si no el texto entero (y su contexto).

El agente semántico como tal no es ideológico, pero es una característica estructural que se utiliza para expresar posiciones ideológicas atribuyendo y responsabilizando tipos de implicación específicos en buenas y malas acciones. Esta base ideológica de “errores atribuidos” es una propiedad de prejuicio de cognición social bien conocida (Pettigrew, 1979; Stephan, 1977).

Mientras que esto ocurre en la producción del significado, lo mismo sucede en el entendimiento y la influencia: un discurso lleno de prejuicios puede de igual modo favorecer la construcción de modelos que unan tales estructuras de significado, si no hay actitudes alternativas presentes que reten las sugerencias estructurales de la construcción de *modelos preferentes*. Esto también muestra que la distribución o el énfasis del agente u otros papeles en los modelos mentales se podrían basar en papeles agentes que comparten actitudes sociales, y por tanto ideología. En estos ejemplos podríamos hablar de *transparencia estructural* de las proposiciones ideológicas: si se representa un grupo como Agente responsable de una acción social negativa en términos ideológicos y de actitudes, generalmente tendrá que tener el mismo papel participante en los modelos así como en las estructuras semánticas construidas a partir de tales modelos. Por supuesto, los contextos y las estructuras textuales pueden algunas veces intervenir en tales instancias de proposiciones ideológicas, así como en estructuras de variables sintácticas: no todos los Agentes responsables tienen siempre un papel sintáctico de Sujeto.

Tema, comentario, focalización, fundamentos, importancia, relevancia, etc.

Otra posible aproximación al significado proposicional la constituye un conjunto de conceptos que explican la distribución de la información y el énfasis, así como las relaciones *funcionales* entre los elementos proposicionales. Aunque se estudian con frecuencia, la mayor parte de estas nociones siguen siendo teóricamente confusas, e incómodamente ambiguas por su estructura superficial (por ejemplo la sintaxis), su estado semántico o pragmático; por esta razón, definiremos brevemente qué significan cada uno de estos términos. La distinción entre *tema* y *comentario* tradicionalmente se ha asociado a información ‘conocida’ e información ‘nueva’, lo que hace de la noción un concepto más cognitivo-semántico que sintáctico, a menos que se aplique a las partes de la *oración* que expresa la información conocida y la nueva. Obviamente, estas nociones funcionales requieren una aproximación discursiva, puesto que, en la información ‘conocida’ de una proposición, esa información se expresa o implica a través de oraciones previas en el texto o el habla (Givón, 1979, 1989; Tomlin, 1987).

Estas nociones también muestran las relaciones más próximas, más tensas, entre el significado y la información (cognitiva) o conocimiento. Así, la información, las proposiciones o partes de las proposiciones podrán estar dentro o fuera de la *focalización* o atención, o podrían estar *en primer término* o *en segundo término*, nociones que también tienen una dimensión cognitiva importante. Algo típico de todas estas nociones funcionales es que están estructuradas en oposiciones absolutas o graduales a sus homólogos: la parte del comentario de una frase o proposición es la parte que no es tópica, la información se encuentra en primer término con respecto a la información que está en segunda posición, o más o menos focalizada.

Muy próximos a estos conceptos teóricos se encuentra la semántica, la pragmática o las nociones cognitivas como (los grados de) la *prominencia*, *la importancia* y *la relevancia*. De acuerdo con esto, la información sería expresada de forma más o menos importante en el texto, por ejemplo en un titular, con una tipología de letra más grande, al principio o al final, o por repetición, es decir, los diversos marcadores de valor señalarían una importancia relativa o relevante de la información de acuerdo con el juicio del escritor. Es el típico caso que aparece en la organización de los discursos de noticias (van Dijk, 1988a). Así, la relevancia es una noción formal, de estructura superficial, a saber, definida en términos de sistemas textuales que expresan la importancia o relevancia de la información. Aunque estemos hablando de un concepto poco claro, la importancia de la información (como concepto diferente de, por ejemplo, la importancia social de los hechos o acciones) podría ser definida como una consecuencia cognitiva, por ejemplo de un conjunto de inferencias que pueden ser la base

de tal información. Según este criterio, la información que trate el sistema sociopolítico de un país (tanto si es un país democrático o dictadura) normalmente será más importante que la información que hable del número de ríos de este país. Por otro lado, la relevancia de una información responde más bien a un criterio pragmático, interaccional, y puede ser definida en términos utilidad de la información para los destinatarios específicos.

Sin más análisis, estas nociones funcionales que detallamos aquí nos permiten examinar brevemente sus dimensiones ideológicas. Es evidente que lo importante y relevante de la información responde a una sensibilidad ideológica. Lo que es informativamente importante para un grupo social puede no serlo para otro, y lo mismo ocurre con las formas en que esa información es elaborada en la semántica del discurso.

Los racistas y antirracistas estarán interesados en las minorías o los inmigrantes, y la información sobre ellos es por tanto generalmente trascendental para ambos grupos, dada la cantidad de conocimiento –y actitudes- basadas en las inferencias que engendra (o presupone) dicha información. De cualquier modo, para los racistas generalmente será más importante conocer las propiedades o acciones negativas de las minorías que las positivas, o saber sus demandas en recursos sociales y económicos, antes que conocer sus contribuciones a la economía, o bien advertir si las minorías son discriminadas y cómo lo son. Los marcos ideológicos y las actitudes organizadas por ellos mismos también definen la importancia relativa de los hechos y la información sobre tales hechos, y generalmente fijan los niveles de interés de los miembros del grupo en unos puntos muy específicos o concretos. En resumen, la importancia de la información se define en relación a las cogniciones sociales (conocimiento, actitudes e ideología) de un grupo social, incluyendo (la representación de) sus objetivos, normas e intereses.

Otro sinónimo con importancia, especialmente para los intereses prácticos que conciernen a un grupo, es la *relevancia* que puede ser definida de manera más competente en términos contextuales: la información es más o menos relevante para textos o conversaciones en curso (p. ej. como la interpretación para expresiones posteriores), para la interacción del contexto (p. ej. como el conocimiento para acciones subsiguientes), o más generalmente para la informaciones corrientes que requieren destinatarios específicos. Tan pronto como ampliamos la noción para referirnos a la ‘utilidad’ de la información de un grupo, por ejemplo, como condición para su identidad, sus objetivos, su organización o supervivencia, la noción se derrumba. Sin embargo, podemos restringir la noción de ‘importancia’ como una medida abstracta para información en términos del tamaño de sus implicaciones de conocimiento (p. ej. el número de inferencias), y

‘relevancia’ como una medida de dependiente del contexto, y de la relación grupal útil para la información como una condición de la acción en curso o de la vida cotidiana. Que las nociones sean conceptualmente distintas se concluye del hecho de que para algunos receptores, en determinados contextos, la información poco importante podría ser muy relevante, y viceversa.

Obviamente, la importancia y la relevancia están controladas ideológicamente. En una perspectiva feminista, la información sobre el aborto y los centros de salud podrían ser considerados como más importantes (mientras que normalmente es más relevante para las mujeres el tema de los hombres de la sociedad contemporánea y la distribución de su función en casa) que la información sobre la bolsa o la cría de caballos. Para los pro abortistas, o los contrarios al aborto cualquier información sobre el aborto será de gran importancia, tanto si es así como si no lo es, dicha información podría ser (estrictamente) definida como relevante en sus vidas (p. ej. a la hora de tomar decisiones sobre tener o no un bebé, o si manifestarse a favor o en contra en la defensa de una clínica donde se practiquen abortos). Según nuestra definición tentativa, la importancia básica en tales casos deriva ideológicamente del hecho de que algunos tipos de información pueden tener más implicaciones cognitivas para algunos grupos que para otros. Cuando esta información también tiene más implicaciones sociales para el grupo, es más o menos relevante. En muchos casos las ideologías también controlan acciones sociales, y la importancia ideológica (o interés) normalmente implican relevancia ideológica (o útil), pero estas nociones deberían distinguirse: información sobre los cuidados familiares o sobre la equiparación de sueldos serían ideológicamente importantes para todas las feministas, hasta que tal información permita inferencias sobre la medida de la independencia, de la cualidad y la autonomía de las mujeres, incluso cuando la información no sea necesariamente relevante para todas las feministas (p. ej. para todas aquellas que no tienen hijos, o para aquellas que ya han conseguido equiparar sus sueldos a los de los hombres).

La información importante y la relevante pueden ser proyectadas en los significados de las estructuras discursivas, generando implicaciones ideológicas. La importancia y la relevancia suelen señalarle mediante varios sistemas de prominencia, como los titulares y las entradillas en los artículos informativos, posición de inicio en las oraciones (‘tópica’), una categoría conclusiva en artículos escolares o primeros planos en películas y fotografías. Así, enfatizando la importancia de la información sobre el ‘crimen y violencia étnica’ a través de un titular prominente o portadas de artículos sobre hombres de color que se asocian con asaltos, drogas o alborotos conforma una base construida ideológicamente sobre estereotipos

e ideologías sobre minorías en general o sobre hombres blancos y negros en particular (Hall et al., 1978a; van Dijk, 1991).

En medio de estas estructuras de expresión y las nociones abstractas, cognitivas o sociales de la importancia y la relevancia, tomamos estas nociones semánticas como una articulación de temas-comentarios, focalizando las variaciones oracionales y el orden de palabras. Pero, ¿cómo puede ser ideológicamente sensible la distribución de la información en (secuencias de) frases o proposiciones? Una manera de aproximarnos a esta cuestión es mediante nociones de un nivel más alto de abstracción (véase más adelante). Es decir, si Juan es el principal protagonista de una historia sobre sus acciones, entonces esperamos que 'Juan' (o expresiones correferenciales) será regularmente el tema de parte de las oraciones o proposiciones. Las demás personas serán introducidas en relación a él (p. ej. como personas con las que él se reúne, que él ve, sobre las que piensa...), es decir, serán mencionadas en la parte del "comentario" de la oración o proposición. Así como en el discurso la función de referente la realiza de manera preferencial el papel temático de Agente, el papel que desempeñan los actores específicos es el de las funciones de tema y comentario: los actores en función de tema son más frecuentes como Agentes, mientras que aquéllos que desarrollan otros papeles tenderán a aparecer en la parte de Comentario; los actores conocidos o líderes también 'lideran' el texto como proposiciones-funcionales (temas-comentarios) y estructuras oracionales (de orden). Nótese que esto es simplemente una tendencia superficial: incluso en actores secundarios o menos importantes aparecerán comprometidos en la acción, y por lo tanto figurarán como temas proposicionales.

El objetivo es que los modelos de situaciones controlados ideológicamente puedan asignar diferentes estatus de actores, de importancia y de iniciativa dirigidos a miembros de otros grupos. Los hombres pueden ser más tematizados que las mujeres, los blancos más que los negros, y así sucesivamente, dada su importancia, agencia, responsabilidad y tematización ideológicamente definida, al menos en un papel neutral o positivo. Para miembros de grupos sociales o políticos foráneos, también lo contrario puede ser verdadero: ellos pueden 'liderar' funcionalmente' y convertirse en 'temas' cuando sean vistos como agentes responsables de acciones negativas, como se ha descrito más arriba. En este caso, los miembros se presentarían como víctimas sociales y pacientes semánticos, típicamente mencionado en la parte de Comentario de la proposición.

Este ajuste ideológico es aún más pronunciado en las relaciones funcionales del primer plano y de la focalización. La información que aparece en el texto o en la conversación en un primer o segundo plano dependerá de su importancia y de su relevancia contextual, y por lo tanto

también dependerá de lo que es importante o relevante para el hablante como miembro de un grupo concreto. Así, en una historia de crimen podemos focalizar o atenuar la información sobre las sospechas hacia un determinado grupo étnico; en política internacional, un editorial puede dotar de mayor o menor importancia el papel beneficioso o perjudicial de los Estados Unidos u otros países; y como si de aceite derramado se tratase, las acciones o la responsabilidad de los políticos o activistas medioambientales se pueden subrayar o atenuar en función de la ideología del escritor. La importancia o la falta de importancia queda inscrita dentro de una estructura de significado jerárquica (p. ej. la información destacada puede convertirse en el tema principal del discurso), en esquemas conversacionales (p. ej. la información enfatizada puede ser expresada en el titular o en las conclusiones de un texto), o directamente en las estructuras superficiales, tales como el orden de las oraciones y la organización (la información relevante puede ser expresada anteriormente como información secundaria o en cláusulas principales en vez de cláusulas subordinadas, o como proposiciones en vez de en nominalizaciones).

Para ilustrar el papel controlado ideológicamente de los temas-comentario, las relaciones de importancia y relevancia en el discurso, examinemos algunos fragmentos extraídos del artículo de Jim Hoagland del *Washington Post* (WP) (se han enumerado los párrafos para referenciarlos más claramente):

(5) GADHAFI: POSTURA SINIESTRA

[1] El momento llega cuando un tirano cruza una línea sin retorno. Dominado por la megalomanía, es incapaz de hacer cálculos racionales de costes y ganancias. Empieza a repartir golpes llenos de furia y miedo, intenta destruir aunque ello significa que la destrucción también lo visitará.

[2] Saddam Hussein de Iraq cruzó esta línea en la primavera de 1990. Pero el mundo exterior prestó poca atención y llegó a invadir Kuwait en ese verano. Moammar Gadhafi de Libia ahora ha cruzado la línea. La comunidad internacional no debería repetir el error que cometió con Saddam. Este domingo Gadhafi invitó a visitar Trípoli a los dos terroristas palestinos más notorios del mundo, Ahmed Jibril y Abu Nidal, quizá para ofrecerles jefaturas. El líder libanés explicó en la ciudad de Azizia ante una animada muchedumbre que las invitaciones significaban desafiar a las Naciones Unidas.

[3] Gadhafi ha demostrado que no valora más el disimulo del silencio o del asentimiento que el intento de comprar o extorsionar. Ataca, alimentando su enfrentamiento con Occidente y volviendo al punto de desencuentro.

[4] Durante meses, los diplomáticos egipcios, temerosos del daño que Gadhafi pudiera hacer en sus países, los ejecutivos de petróleo europeos y los abogados de Washington, anhelantes de que el vil Gadhafi pudiera reconducir su camino extraviado, han hablado de la nueva 'moderación' de Gadhafi y han presionado a la comunidad internacional para que lo tratara con paciencia y argumentos razonados.

[5] Los abogados le propusieron que cambiase sus objetivos terroristas. Según dijeron los egipcios, Gadhafi fue malinterpretado en todas sus acciones, y los fundamentalistas islámicos han declarado la guerra al régimen egipcio. Él fue el hombre del apreciado petróleo, un líder con el que podían hacer negocio en términos favorables.

[6] Sus súplicas de paciencia cayeron en saco roto ahora que Gadhafi ha renovado su público abrazado al terrorismo, en palabra y hecho. Ha respondido con fuego y ha amenazado al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas por las sanciones económicas impuestas a su régimen.

[7] El Consejo de Seguridad ha pedido que Gadhafi de marcha atrás a los entrenamientos en el extranjero de dos de sus ayudantes de seguridad, que fueron acusados por los Estados Unidos de ser los responsables del bombardeo de Pan Am Flight 103, el 21 de diciembre de 1988. Su rechazo a adoptar esta medida provocó que se restringa su libertad para salir de Libia y que se congelen los réditos bancarios del petróleo de Libia en el extranjero.

[8] Algunos reportajes brillantes conectan Jibril y su comando de organización general al plan de la masacre del Pan Am, que se saldó con la vida de 270 personas. A pesar de que el papel de Jibril no es del todo claro, la invitación de Gadhafi arruina la pretensión de que los libaneses estuvieran interesados en ver cómo se hacía justicia en este caso.

[9] Tan siniestra como su invitación a los dos hombres que manejaron el terror es la sospecha de que Gadhafi está involucrado en el secuestro de varios días en el Cairo de Manssur Kirhiya, su ministro de asuntos exteriores, que rompió las relaciones terroristas con Gadhafi para convertirse en un líder disidente –y un residente de los Estados Unidos, que le llevó a convertirse en ciudadano americano el pasado año.

[...]

[10] Gadhafi se encuentra en una encrucijada similar a la que se enfrentó Saddam en la primavera y verano de 1990. Responde de forma similar con ataques dirigidos a los que le estorban, lo que incluso provocó el desconcierto de un gobernador egipcio que lo ha defendido.

[11] Libia no está rota o debilitada gravemente por un guerra larga, como sucedió con Iraq. Pero Gadhafi está atrapado y desconcertado por las sanciones. Estas sanciones muestran a la población libanesa que Gadhafi no es omnipotente, ni el respetado líder que aclama ser.

[12] Antes que sumergirse en la impotencia, Saddam fue a la guerra. Gadhafi no dispone de la fuerza militar para hacerlo. Pero cuenta con militares terroristas internacionales, incluyendo aquéllos que acataron sus órdenes para bombardear el Pan Am 103 hará cinco años este mes.

[13] Es imposible saber si Gadhafi simplemente le recordaba al mundo sus capacidades siniestras, o presagiaba nuevas atrocidades con su recepción pública de terroristas. Pero ha advertido al mundo que hay que observarlo y enfrentarse a él de nuevo, después de una temporada de paz. (Jim Hoagland, 15 de diciembre de 1993).

La primera forma de tematización en este texto aparece en el titular, que ya marca la importancia (macroestructural) de los temas del discurso. Vemos que en vez de la usual cláusula o nominalización corta de títulos, encontramos en la primera posición de referencia a Gadhafi en una aposición tematizada seguida por dos puntos. La forma del titular habitual podría haber sido *La postura siniestra de Gadhafi*ⁱⁱ. Por tanto, en el modelo

subyacente del texto, a Gadhafi se le selecciona y atribuye un papel central, también en la macroproposición expresada en el titular. Además, la estructura sintáctica del titular está compuesta de tal manera que “Gadhafi” no sólo se coloca en la primera posición, la de “tópico”, sino que también está enfatizada al aparecer como una oración nominal aislada. La continuación del titular resume el resto de la macroproposición en que se organiza el artículo, a saber, en la muy negativa opinión sobre Gadhafi como persona (“siniestro”) y sobre sus acciones (“actitud”).

Esta opinión de base ideológica está expresada mediante una larga lista de prejuicios temáticos léxicos para describir a Gadhafi y a otros “tiranos”, como hemos argumentado más arriba. Para nuestra discusión es importante, en primer lugar, notar que en casi todas las oraciones y cláusulas de este texto, se hace referencia a Gadhafi en posiciones tematizadas, en las primeras oraciones y en la posición inicial. Él es el único a quien se le atribuye acciones negativas, y a quien se representa como responsable absoluto. Nadie está forzándole o provocándole, y sus acciones no han sido nunca descritas como una reacción por la manera en que ha sido tratado por Occidente. Por el contrario, es visto como un provocador, del mismo modo que Saddam Hussein. A pesar de la atribución de responsabilidad por sus acciones, la primera oración temática de este texto sugiere que sus acciones son, sin embargo, irracionales, y que un tirano en su megalomanía “siembra el temor”.

La megalomanía del tirano también se hace tópico mediante frases preposicionales. La aliteración (*furia y miedo*) y la repetición (destrazo, destrucción) se añaden a la expresión retórica de los aspectos negativos y las características de Gadhafi que aparecen en el texto, mientras se deja implícito o en un segundo plano el papel de Occidente o de Estados Unidos en el Oriente Medio, en general, y en el conflicto israelí-palestino en particular.

Es interesante ver cómo cuando Gadhafi es objeto de comentarios, como en el párrafo [5], no se refiere a él con una cláusula subordinada fija, como por ejemplo en “Los abogados le propusieron que...”, pero de nuevo se le topicaliza y enfrenta (“Estuvo a punto de cambiar sus objetivos, los abogados se lo propusieron...”), así se presenta enfatizado, apareciendo en primer lugar, dejando atrás la identidad de aquéllos que dieron su opinión. En el resto del texto, Gadhafi es mostrado como Agente, Sujeto, siempre en una posición inicial, forzando que el significado represente directamente su protagonismo en el modelo.

El sistema ideológico en el que se basan las valoraciones de Gadhafi pueden ser descritas como “anti-terroristas” o como “democráticas” (al estilo occidental). Sin embargo, lo esencial para nuestro análisis es que las políticas internacionales de los Estados Unidos sistemáticamente han hecho

de Gadhafi su más querido enemigo (Chomsky, 1987; Rosenberg, 1988). Esta es la ideología especial que se apoya en el texto analizado, y que controla la selección de palabras tales como *tirano*, *furia*, *diablo*, *ataque*, *confrontación*, y así sucesivamente; selección que también monitoriza el uso irónico de las comillas en la palabra “moderación” atribuida a Gadhafi por los crédulos o los manipuladores.

Esta ideología categoriza no sólo a Gadhafi sino también a Hussein como “Árabes”, principalmente a causa de su enemistad y su actitud desafiante hacia Occidente –y no sólo debido a sus acciones terroristas o de agresión, porque Gadhafi no se asocia o compara con los políticos americanos prominentes que pueden ser más responsables que él de muertes y torturas. Es decir, como hemos visto anteriormente y como veremos más adelante, el ‘anti-terrorismo’, según lo expuesto aquí, no es simplemente una especificación de valores humanitarios contra la violencia, sino una forma ideológica, una forma de control político dirigido en contra de aquellos que desafían a Occidente en general, y a los Estados Unidos en particular.

Implicación

Una característica bien conocida de la oración y la semántica del discurso consiste en que los significados no se expresan siempre de manera explícita, sino que suelen estar implicados semánticamente, o mediatizados por otras expresiones explícitas y sus significados. Una explicación aceptable de los significados implícitos requiere una base cognitiva. Si cuando expresan el significado *A*, los usuarios del lenguaje (también) se refieren a *B*, esta implicación sólo puede ser reconstruida por los destinatarios sobre la base de las inferencias que proporciona el conocimiento de la lengua compartido culturalmente (p. ej. el representado en el léxico de la lengua) o, de manera más general, sobre la base del conocimiento compartido, que incluye el conocimiento particular sobre el conocimiento que posee el hablante. En este sentido, cuando alguien es descrito como ‘soltero’, se implica que no está casado. Es decir, sobre los modelos específicos proyectamos reglas de significado de los componentes de una cognición social (nuestro conocimiento sobre los solteros y nuestra cultura): si nosotros sabemos que Juan es soltero, entonces inferiremos –sobre la base de unas estructuras sociales de conocimiento más generales- que Juan no está casado, simplemente por la regla (mental) del *modus ponens* que nos permite derivar la consecuencia específica (*q*) de una implicación específica (*p* implica *q*), interpretando el antecedente y la consecuencia de una implicación general (*P* implica *Q*).

Nótese que en las lenguas naturales tales implicaciones no se limitan a las (suposiciones) lógico-semánticas basadas en un conocimiento conceptual (conocer el significado de la palabra 'soltero' implica que alguien ha descrito previamente que no está casado). Hay también implicaciones o implicaturas que pueden derivarse de nuestro conocimiento sobre *hechos* empíricos. Cuando se dice que Juan saltó del Empire State, podemos inferir, como consecuencia empírica, que murió como resultado de este acto, a menos que algo muy inesperado sucediera para modificar el curso 'natural' de los acontecimientos (y tales hechos inesperados son los elementos narrativos de la 'interesante' historia). Es en este sentido que nuestro conocimiento nos permite realizar un vasto número de inferencias, y, por lo tanto, derivar series de implicaciones de cada proposición expresada en el discurso. Por supuesto, no todas estas implicaciones serán relevantes en cada (con)texto, y efectivamente podemos restringir el número de implicaciones relevantes a aquellas proposiciones que sean estrictamente necesarias para la interpretación adecuada la continuación de un texto (p. ej. al hablar sobre la viuda de Juan o su entierro después de la frase en la que se afirma que saltó del Empire State) (Graesser and Bower, 1990).

Estas implicaciones son tan 'estrictas' como lo son las relaciones lógicas de necesidad empírica (p. ej. causalidad) entre los hechos en los que las implicaciones se basan, al menos según nuestro conocimiento cultural —o el conocimiento presupuesto por el hablante. Esto significa que las formas menos determinantes de implicación pueden también existir, por ejemplo en *alegaciones, sugerencias, alusiones* y relaciones semánticas similares entre proposiciones, basadas en las relaciones más o menos necesarias de modelos sobre el acontecimiento. Romperse el cuello como resultado de caer por las escaleras es posible, pero no es probable ni necesario, y en tal caso la consecuencia de la implicación normalmente necesita ser explicitada por esta justa razón, por ejemplo en historias o noticias sobre accidentes. Así, podremos sugerir de forma acentuada, pero no implicamos terminantemente, en la enunciación de que un funcionario es corrupto porque aceptó dinero o regalos de un cliente, dado nuestro conocimiento acerca de la corrupción (y de sus condiciones) y del ofrecimiento de dinero a los funcionarios públicos (y sus consecuencias).

Las implicaciones pueden tener importantes funciones ideológicas si los significados implican de forma más o menos fuerte, a través de proposiciones que lo afirmen, que se derivan de la base de las actitudes e ideologías. De este modo, se puede implicar ideológicamente que los derechos civiles de las mujeres se recortan si aseguramos que han sido acosadas, o si afirmamos que el funcionamiento de las clínicas abortivas está siendo obstaculizado, como sucede en el caso del editorial del NYT analizado anteriormente (para un debate sobre actitudes e ideologías en

torno al aborto, véase, p. ej., Condit, 1990; Falik, 1983; Fried, 1988; Rosen, 1992). Nótese que esta implicación puede ser cierta sólo para aquellas personas que comparten esta ideología: los manifestantes Pro-Vida no lo reconocerían (Colker, 1992; Vanderford, 1982); por el contrario, afirmarían que hay que prevenir a las mujeres y a sus médicos sobre la práctica de “matar bebés” y por lo tanto de una actividad que viola los derechos humanos de los no natos (von Paczensky, 1990). En consecuencia, mientras que las implicaciones generalmente presuponen la existencia de un conocimiento compartido cultural o socialmente, las ideologías han de basarse en actitudes compartidas.

Examinemos brevemente algunos ejemplos de este tipo de ideologías en las páginas de opinión del NYT:

(6) [Discriminación de las mujeres en el Congreso de los Estados Unidos]. Mientras se trabaja en los presupuestos financiados por la Federación judicial, oí unas observaciones que aún hoy me sorprenden. Mi favorita fue la de un juez. La cuestión era que las mujeres no podían ser contratadas o promocionadas, dijo, porque el garaje de la corte de justicia tenía un sistema de alumbrado muy deficiente. ¿Cómo podría pedirle a una mujer que va a ser empleada de la ley que se quedase a trabajar hasta tarde? (Martin Lynn, 23 de enero de 1993)

(7) [Ejemplos del acoso sexual diario contra una mujer sindicalista]. Estos actos no son realmente acoso sexual. Fueron presuntamente perpetrados por personas sin ningún tipo de poder sobre la Sra. Hill. Los hombres no estaban en una posición dominante que le privara de algún bien al que tuviera derecho previamente, ni siquiera la amenazaron. A menos que los comentarios estúpidos se conviertan en algo tan frecuente y extendido que impida que una mujer pueda hacer su trabajo, no deberían de calificarse de otra manera que como observaciones insensibles. Para la mayoría, se trata de insinuaciones ‘calientes’. El precio que puede pagarse por hacer una insinuación caliente suele ser el rechazo o, como mucho, el ostracismo social de sus colegas situados en una posición superior. Pero semejante comportamiento no se reconoce por la ley como una violación de un derecho protegido. (Sheryl E. Reich, 23 de enero de 1993).

(8) [Nombramiento de Zoë Baird como Secretaria de Justicia de los Estados Unidos.] Observen la historia del nombramiento de Zoë Baird e imaginen que los géneros se han invertido: el candidato a Abogado General era un hombre, del consejo general de Aetna, que ganaba 500.000 dólares al año. Su mujer era profesora de Derecho en la Universidad de Yale; ella cuidaba de los hijos, empleando a extranjeros ilegales, como demostraron los abogados de inmigración.

¿Se habría hundido el candidato en medio de una tormenta de indignación pública? No estoy seguro, pero lo dudo. Creo que muchos de los que protestaron en el caso de la Sra. Baird se hubieran dicho a sí mismos que el cuidado de los niños era el deber de la mujer. Creo que un candidato masculino, si reúne todos los demás factores, debería de haber sido confirmado en su cargo como Abogado General.

Para defender esta posición, hay que entender que existe algo más que una sana corriente de indignación popular en la idea de designar a un Abogado General en la persona de alguien que ha violado la ley. Y eso hizo Zoë Baird, mujer –y muy exitosa (Anthony Lewis, 25 de Enero de 1993).

Estos tres fragmentos de historias seleccionadas sobre los conflictos de “género” en 1993 sólo pueden entenderse (y aprobarse o reprobarse) si se atiende a sus implicaciones ideológicas. En este sentido, en el ejemplo [6] se deduce que el juez es un sexista conservador. ¿Cómo lo sabemos? Primero, este fragmento debería interpretarse en relación con el resto del artículo, que muestra que el autor, junto con el anterior Secretario de Trabajo de los Estados Unidos, asegura que trabajó activamente en la denuncia de la discriminación de las mujeres en el Congreso. Esto implica que aquéllos a los que critica son ideológicamente sus oponentes, o sea, hombres que discriminan a las mujeres. La crítica en este caso se acompaña de una serie de ejemplos, y los eufemismos “oí unas observaciones que aún hoy me sorprenden” sugiere que él está realmente alucinado por estos hechos que hacen evidente el sexismo cotidiano que sufren las mujeres. Además, dado nuestro conocimiento del mundo del trabajo, el género y los derechos civiles, en el artículo se implica ideológicamente que ‘proteger’ a las mujeres dándoles trabajo puede ser peligroso (un garaje a oscuras) y no emplearlas es realmente una excusa barata y ridícula: sabemos que, si tuviera razón sobre los problemas de iluminación del lugar, para emplear a una mujer cualificada han de instalarse algunas luces en el garaje. Aunque explicar completamente todas las implicaciones relevantes requeriría una cadena más larga de inferencias, nuestro principal objetivo es señalar que el Sr. Martin Lynn no dice realmente que el juez sea conservador o sexista, pero lo implica describiendo un caso claro de discriminación y ridiculizando obviamente las excusas que se aducen para no dar el empleo a una mujer.

Lo que significa, según la posición ideológica del Sr. Lynn, que el juez está discriminando, una posición que muestra su actitud a favor del derecho de las mujeres a trabajar, y que sigue un axioma ideológico básico sobre la igualdad de género.

Al mismo tiempo, implícitamente denuncia la actitud del juez, pidiendo que se protejan a las mujeres de los asaltos machistas. Esta última implicación es interesante en sí misma, porque sugiere que tomar medidas (o utilizar argumentos) para parecer que se está a favor de las mujeres no presupone una ideología no-sexista, igualitaria. Es decir, las consecuencias y el contexto de tales decisiones en favor de las mujeres también requieren ser tomadas en consideración. Si el resultado final es que no se contrata a una mujer, y si el argumento está implícitamente calificado como una excusa “sorprendente”, entonces se deduce que la implicación ideológica verdadera es que el argumento del hablante se basa en una actitud sexista.

El ejemplo [7] deriva de una base ideológica diferente y más compleja. Una profesional de género femenino, una experimentada abogada, enjuicia las quejas de una mujer sindicalista como ejemplos de lo que no es

acoso sexual. Menciona algunos de los criterios que definen el acoso sexual tal y como lo entiende (en este caso, falta la diferencia de poder, la incapaz del presunto acosador de privar a la mujer de alguno de sus derechos), y argumenta que las mujeres profesionales que están en posiciones laborales elevadas han de ser capaces de reaccionar de forma apropiada cuando se enfrentan con insinuaciones “estúpidas” de hombres. La escritora implica que una mera y accidental “insensibilidad” no tiene por qué ser una forma de acoso sexual, e indirectamente implica que la mujer sindicalista está exagerando, haciendo pública una queja falsa, y puede ser que incluso, siendo tan “sensible, haciendo un mal servicio a las mujeres en general.

Un análisis del contexto (la escritora es una mujer profesional) sugiere –pero no implica estrictamente– que la escritora no es sexista, y se puede esperar que defienda los derechos de las mujeres. Buena parte de esta expectativa proviene de las suposiciones implicadas en el texto sobre lo que constituye acoso sexual. Sin embargo, su intervención puede ser polémica, y es casi seguro que habrá mujeres que, desde su actitud ideológica sobre el acoso sexual, consideren que los argumentos ideológicos expresados en el texto no son válidos. Puede que aduzcan que la mayor parte de los acosos sexuales a las mujeres suceden entre “iguales” sociales, esto es, protagonizados por colegas (masculinos), familiares, hombres desconocidos en sitios públicos, e incluso por subordinados. También puede que se quejen de que las situaciones de acoso a menudo suceden precisamente porque no tienen consecuencias directas en los derechos sociales de las mujeres (como pasa en el trabajo). Pueden ser formas de acoso diario, insinuaciones ocasionales u otras formas accidentales e intencionadas (como tocamientos, obstrucción del paso, etc.) (Barr, 1993; Bursik, 1992; Ehrenreich, 1990; Sharpe y Mascia-Lees, 1993).

Construir un contra-argumento feminista presupone una actitud ideológica diferente, y también muestra que las observaciones de la Sra. Reich son igualmente ideológicas, porque proponen una actitud específica sobre el acoso sexual y su tratamiento. Si asumimos que la Sra. Reich se adhiere a una clase de ideología feminista, concluiremos que defiende una versión ‘sinsentido’ de los derechos humanos, que podría resumirse en el eslogan, “No exageres y haz algo por ti misma”, que aboga por el cambio desde la esfera pública y política hacia el terreno personal y por tanto a la ‘privatización’ de las políticas contra el acoso sexual (Weeks *et al.*, 1986). Obviamente, esta posición ideológica es mucho más asumible por los hombres como actitud ideológica sobre el acoso sexual, incluyendo a los hombres liberales que, por otro lado, se oponen a las formas más violentas del acoso sexual. Esta ideología del ‘sentido común’ (“el acoso sexual existe, pero las mujeres no deberían exagerar”) es compartida por los editores del NYT, lo cual que explica por qué la Sra Reich tuvo acceso a

publicar en un lugar destacado su artículo editorial, mientras que las feministas ‘radicales’ probablemente no puedan ese acceso privilegiado para expresar sus opiniones al respecto (Creedon, 1989).

Para finalizar nuestro análisis de las editoriales del NYT, en el ejemplo [8] se expresa un argumento ideológico similar al del ejemplo [6], la queja porque Zoë Baird fue cuestionada en el proceso de su nombramiento por emplear a extranjeros ilegales y porque era una mujer. No se dice en el texto, pero se implica muy directamente, que esta decisión es sexista, o por lo menos está basada en argumentos incorrectos que motivan a los miembros (masculinos) del Congreso a cuestionar a una mujer candidata de una manera que probablemente nunca habrían ejercido contra un hombre. La posición ideológica que se defiende en el editorial se basa en actitudes que favorecen los derechos de las mujeres trabajadoras, o que de las mujeres que sean contratadas por ellas, e indirectamente en actitudes sobre los derechos de los extranjeros “ilegales” para conseguir trabajo; en resumidas cuentas, en actitudes legales que consideran que una Secretaria de la Justicia nunca debe incumplir la ley. En este caso, además, los problemas especiales que plantean los cuidados de los hijos para una mujer profesional también se tienen en cuenta para argumentar a favor de Zoë Baird. El argumento general es explícito, ideológico, a favor de la mujer.

Sin embargo, hay un argumento ideológico, al que no se le presta atención en este editorial, concernientes a la clase social de la candidata. Es indudable que el nombramiento de Zoë Baird fue cuestionado, en primer lugar, por ser mujer, pero, el hecho de que ella ganara medio millón de dólares anuales en su último trabajo, no le ha parecido un dato interesante por parte de los hombres sexistas o celosos, cuando podría haberse considerado legítimamente que, con semejantes ingresos, la Sra. Baird podría perfectamente haberse permitido el lujo de contratar cuidadores ‘legales’ para sus hijos. Vista desde esta perspectiva, el articulista podría haber presentado la defensa ideológica de la Sra. Baird bajo otra ‘lectura’ ideológica, no como una defensa de las mujeres trabajadoras, sino de elite que emplea trabajadores inmigrantes baratos.

Estos ejemplos muestran que hay muchas implicaciones en las oraciones y en los discursos, en combinación con el contexto de la información y el conocimiento general social o cultural, que evidencian la posición ideológica del articulista. Por otro lado, los lectores son capaces de ‘entender’ estos prejuicios, como lo demuestra el hecho de que pueden contra-argumentar e inferir actitudes ideológicas del escritor a partir de lo que se dice explícitamente en el texto.

Presuposición

Un caso específico y conocido de implicación semántica es la presuposición. En términos formales, una proposición q se presupone en p , si se implica tanto de p como de $no-p$. En términos informales, cualquier proposición cuya verdad sea aceptada por el hablante se convierte en presuposición. En términos cognitivamente relevantes, las presuposiciones son simplemente un conjunto de conocimientos culturales tácitos que dan significado al discurso. Lingüísticamente, las presuposiciones son proposiciones verdaderas no asertivas que son significativas para la estructura de las oraciones (marcadas con artículos definitivos, cláusulas relativas y presupuestas) o que son introducidas por elementos específicos como *incluso* (Kempson, 1975; Oh y Dineen; 1979; Petöfi y Frnack, 1973).

Las presuposiciones pueden tener funciones ideológicas relevantes en el discurso (Mosher, 1991). Puesto que transmiten conocimientos o creencias que no están afirmadas, sino simplemente asumidas como verdaderos por el hablante, las presuposiciones son capaces de ‘introducir’ proposiciones ideológicas, cuya verdad no se pone en cuestión. Como en el caso de las implicaciones, las presuposiciones permiten a los hablantes o escritores criticar sin afirmarlas.

Las presuposiciones contienen argumentos ideológicos. Por esta razón, el juez sexista del ejemplo [6] propone que las mujeres no *querrían* trabajar para él si el aparcamiento está mal iluminado. En [8], la pregunta retórica “¿Se habría hundido el candidato en medio de una tormenta de indignación pública?” presupone que Zoë Baird de hecho ha visto hundida su candidatura por la avalancha de indignación pública. Por lo que saben los redactores del NYT por las noticias previas, esta presuposición se acepta como verdad, pero la manera de formularla también expresa una opinión (negativa) sobre el asunto (por eso emplean expresiones negativas, como “hundido”, “tormenta” “indignación”), ya que a la vez sugiere una actitud de defensa de las mujeres trabajadoras y de condena ante las actitudes ilegales sobre el empleo de las mujeres.

Dos frases más abajo, también se presupone que ‘muchas gente protestó contra el nombramiento’ y que ‘Zoë Baird ha violado la ley’.

En otro artículo editorial sobre el mismo caso, escrito por el conocido columnista Anthony Lewis, comenta lo siguiente:

(8) ¿Y dónde están los movimientos en defensa de la mujer? Estas organizaciones han guardado silencio durante el caso de Baird. ¿Despertarán pronto y entenderán que lo que está pasando es una manera de descalificar el trabajo de una ingente cantidad de mujeres que ocupan puestos de alta responsabilidad en el gobierno?

Ahora es el momento de que la gente sensata se oponga y paralice esta caza de brujas. Ahora es el momento de enfocar el problema real: las leyes oponen tantos obstáculos que resulta difícil cuidar a los niños de una manera correcta y legal a la vez.

Ahora es el momento de protestar contra la falta de seriedad de los políticos cuando tratan estos asuntos y de entender la situación real y los prejuicios contra las mujeres.

Lo presupuesto en este fragmento son las proposiciones siguientes, entre otras:

- El movimiento de las mujeres está dormido
- ¿Por qué desde el gobierno se descalifica a un gran número de mujeres?
- Hay una caza de brujas
- El caso Baird no es el problema real
- Los políticos no han tratado con seriedad el problema
- El tema real son los prejuicios en contra de las mujeres

Como suele suceder con las presuposiciones, la mayoría de estas proposiciones se introducen a partir de la cláusula *que*. Sin embargo, no todas las cláusulas dependientes expresan presuposiciones. Las presuposiciones dependen del significado de las cláusulas principales o de las expresiones específicas. En este sentido, el uso de la expresión factiva “entender que” presupone generalmente la verdad de la cláusula dependiente (también ‘no entender que’ tiene esta implicación). De manera menos evidente, el uso de expresiones tales como ‘el problema real es que...’ (o ‘no hay un problema real que...’) también suele presuponer la verdad de la cláusula, aunque en tales casos esta cláusula esté más o menos afirmada: en realidad, Lewis afirma de manera explícita, no presuponiéndolo, que los prejuicios en contra de las mujeres es el tema real –aunque debería ‘recordar’ a sus lectores que el tema del cuidado de los niños también es un problema real. Cuando el editorialista “recuerda algo” a los lectores, se produce un caso interesante de discurso entre la afirmación y la presuposición: recordar pertenece a la esfera del conocimiento compartido y de las presuposiciones, pero, en términos cognitivos, ese recordatorio a los lectores requiere que el escritor lo haya ‘activado’ previamente (Schank, 1982).

Todas estas presuposiciones son ideológicas en parte, porque incluyen actitudes ideológicas acerca del trabajo de las mujeres y del cuidado de los niños en el marco de una ideología liberal más general que está a favor de los derechos de las mujeres. Esta hipótesis se hace evidente si formuláramos

una contra-argumentación en contra de las opiniones de Lewis basándonos en otras ideologías, como la legalista mencionada más arriba, o en una ideología directamente conservadora en contra de la mujer, que se opondría al derecho de las mujeres a trabajar mientras están criando a sus hijos. Tales ideologías no aceptarían la presuposición de que se trata de “una manera de descalificar el trabajo de una ingente cantidad de mujeres que ocupan puestos de alta responsabilidad en el gobierno”, por ejemplo, con argumentos como que el caso Baird no se puede generalizar, que Baird no respeta la ley o que Baird podría haberse permitido económicamente el cuidado “legal” de sus hijos, o –un argumento aún más ideológico- que Baird y otras mujeres con hijos no deberían de trabajar en las altas esferas del gobierno.

En resumen, muchas implicaciones y presuposiciones de editoriales y artículos de opinión se basan en unas actitudes complejas e ideológicas sobre las normas sociales, los valores y los derechos e intereses de los grupos. Para entender, aprobar u oponerse a tales argumentos ideológicos, se necesita hacer explícitos los modelos que subrayamos y las cogniciones sociales de los escritores y redactores, y, en consecuencia, advertir qué información implícita es ideológica (Andsager, 1990; Burkhart y Sigelman, 1990).

Nivel de descripción y nivel de abstracción

Hay una figura semántica, bastante ignorada en la bibliografía sobre discurso semántico, que también puede desempeñar unas funciones ideológicas importantes, *el nivel de la descripción y abstracción* discursivas (van Dijk, 1977). Esta figura semántica sirve para describir personas, lugares y hechos en más o menos detalle, y en diversos niveles de abstracción. Habitualmente, cuando las personas o los hechos se convierten en más relevantes, tienden a ser descritos con mayor detalle y en un nivel mucho más específico (menos abstracto). Nótese que estas nociones no son sinónimas: cada nivel (más o menos específico) puede tratarse con más o menos detalles.

El criterio crucial aquí es la noción, bastante elusiva, de ‘relevancia’ (textual), que podría definirse como una condición para la interpretación: la información es menos relevante cuando no se necesita para la interpretación o la comprensión del texto. Obviamente, una descripción ‘irrelevante’ puede tener una función estética en algunos géneros, por ejemplo en la literatura. En los relatos policíacos, por ejemplo, los momentos de tensión pueden ser descritos en detalle (expresiones faciales, gestos o un giro del pomo de una puerta). La relevancia y el nivel de descripción dependen del género y de la situación específica en que se enmarca el discurso.

De manera similar, las opiniones y las actitudes, y por lo tanto, las implicaciones ideológicas, suelen asociarse a descripciones más o menos completas o específicas. Como es sabido, por ejemplo, los artículos de prensa sobre delincuencia pueden detallar el origen (en principio, irrelevante) o la apariencia (color de la piel) de los criminales (aunque esto nunca sucede cuando el delincuente es blanco), y por lo tanto están sugiriendo que existe una relación explicativa entre los miembros de un determinado grupo étnico y el crimen. De forma similar, en los reportajes políticos o económicos tiende a describirse a las mujeres de manera diferente a como se describe a los hombres.

En resumen, cuando en una historia se mencionan detalles que son irrelevantes, suelen expresarse mediante estereotipos o prejuicios con una base ideológica (Silver, 1986; Tuchman et al., 1978; van Zoonen, 1994).

Como género discursivo, los editoriales y los artículos de opinión no son en exceso propensos a entrar en el nivel de los detalles primarios. Ofrecer detalles sobre las situaciones, la gente, los lugares y los hechos tendría implicaciones argumentativas, retóricas e ideológicas. Por esta razón, la elite pública del discurso en el NYT y WP (Washington Post) generalmente evita el uso de estereotipos evidentes, por lo que resulta muy interesante intentar encontrar casos más sutiles de descripción.

A continuación, analizaremos algunos fragmentos de la manera en que el candidato a gobernador por California, Kathleen Brown, casualmente se retrata en un artículo positivo sobre mujeres políticas sobresalientes:

(10) El pasado Agosto, cuando la organización política de Mujeres Nacionales de Caucus vino aquí para esta convención, Brown era la líder del partido, la superestrella encantadora e ingeniosa en la que se confiaría el gobierno del Golden State por primera vez a una mujer, y, de manera lógica, sus seguidores le pidieron: conviértete en la primera mujer que llega a la presidencia.

Pero la Kathleen Brown que pudimos ver el pasado sábado por la mañana, se había vestido de manera informal, con ropa deportiva, para una entrevista en un restaurante de Hollywood, en la que se mostró como una soberbia política de 48 años que entiende que no se le concederá nada gratuitamente. [...] El encanto femenino puede no ser suficiente para la gente que está asustada o enojada. (WP, artículo de opinión, David Broker, 31 de octubre de 1993).

Este fragmento no tiene nada que ver con la manera tradicional como se describe a las mujeres, y especialmente a las mujeres que trabajan en política u ocupan un alto cargo. La mayoría de los hombres que escriben actualmente en la prensa de calidad en los EEUU suelen opinar en favor de los derechos de las mujeres, y acostumbran a mostrar respeto por aquellas que ocupan altos cargos. No obstante, como en este ejemplo, hay algunos detalles, como los calificativos “encantadora e ingeniosa”, “se había vestido de manera informal, con ropa deportiva” y “encanto femenino”, que podrían

ser menos relevantes, y probablemente serían irrelevantes cuando se describen a los hombres políticos. De hecho, ninguno de los hombres competidores en esta pugna de candidatos gubernamentales se describen mediante semejantes características personales. Obviamente, se trata de una hipótesis empírica, que debería de ser demostrada mediante pruebas estadísticas (Bybee, 1990; Leder, 1986).

Más evidente es el discurso centrado ideológicamente en “Nuestros Enemigos”. Después de la desintegración del “Imperio Salvaje” Soviético, aparecieron otros demonios en el discurso occidental, y también en las páginas de opinión de la prensa, hasta el punto de que algunos escritores críticos advierten del hecho de que no han de utilizarse tales estereotipos, como sucede en el ejemplo siguiente:

(11) Todo el mundo sabe que, desde el momento en que se hundió el World Trade Center y se produjeron los arrestos de los terroristas implicados, un grupo de deslenguados se han empeñado en hablar de Árabes, Musulmanes e islamistas radicales como si todos fueran lo mismo [...]

El *New Republic*, por ejemplo, habla de una cultura árabe en Brooklyn, Jersey y Detroit que alimenta a los criminales, y pide medidas severas contra ella [...]

En otra publicación, Steven Emerson, especialista en terrorismo de Oriente Medio, ha escrito que la catástrofe del World Trade Center ha ‘retratado’ al integrismo despiadado, que nunca ha gustado en Occidente.

Otros han ido más lejos. Un periodista advierte que “el Islam... no es un estado de rabia contra Occidente”, y otro dice que ‘el fundamentalismo islámico es una plaga que asola todo el mundo islámico, desde Marruecos a la India’.[...]

El miedo al Islam está profundamente arraigado en la cultura occidental. Hoy se manifiesta en la paranoia y el prejuicio de los serbios-bosnios que luchan contra el Islam en nombre del occidente cristiano. Hay numerosas razones para dejar de etiquetar como terrorista a una religión en su totalidad (el Islam) o a una población en general (los árabes) cuya diversidad es, en realidad, pasmosa. Entre ellos hay fanáticos, por supuesto, pero antes de que lancemos la piedra de la generalización, deberíamos comprobar en qué estado se encuentra nuestra propia casa de cristal. (WP, artículo de opinión, Richard Cohen, 27 de julio de 1993).

La mezcla indiscriminada de musulmanes, fundamentalistas, terroristas, y nuevos imperios demoníacos (el primer ejemplo: Irán) puede encontrarse en muchos artículos de opinión, como hemos analizado anteriormente. El fragmento siguiente pertenece a un artículo belicoso escrito por el famoso columnista Charles Krauthammer, el día de Año Nuevo de 1993:

(12) Irán es el centro del nuevo infierno mundial. Como la antigua unión soviética, Irán es un país mesiánico e ideológico, despiadado y disciplinado, la coherencia discursiva depende implacablemente hostil al liberalismo de Occidente (aunque por diferentes razones) y, por esta razón, exento de principios morales. Presentan la misma amenaza común: el terrorismo. El objetivo último que pretende conseguir

Irán es un frente islámico unido para vencer la ‘arrogancia’ de Occidente. El objetivo inmediato es destruir los regímenes pro-occidentales en el mundo árabe, hacerse con el poder en el Golfo Pérsico, arrebatando a los jeques la riqueza del petróleo y suprimir esa afrenta radical al Islam: Israel. (WP, artículo de opinión, 1 de enero de 1993)

En nuestro análisis, advertimos que las descripciones específicas no se centran en el detalle de las acciones, sino en especificar juicios ideológicos absolutos: Irán, y los demás países terroristas que le siguen, se describen como “mesiánicos”, “despiadados”, “implacablemente hostil al liberalismo occidental” (léase: Antiamericanismo, el peor de los pecados), y “exento de moral”, entre muchas otras cosas. Y Krauthammer no está solo en este tipo de afirmaciones: en 49 artículos de opinión en los que se discute sobre los árabes, la palabra “terrorista” aparece en 45 ocasiones. Los atentados como el del World Trade Center, trajeron inesperadamente el terrorismo al continente americano. El fragmento siguiente, de Jim Hoagland, presenta ya un estilo apocalíptico:

(13) El atentado contra el World Trade Center podría aún ser el resultado de la obsesión de un individuo loco, el resultado de un resentimiento ‘personal’, o del odio de un hatajo de criminales. No obstante, este atentado ha sido un acto de terrorismo calculado: un ataque contra el espíritu humano y una violación de la razón. No se necesita un motivo político complicado para llevar la etiqueta de “terrorista”. (WP, artículo de opinión, 3 de marzo de 1993).

En este planteamiento, los crímenes de violencia política, cuando van dirigidos contra Nosotros, no se describen en términos abstractos de políticas internacionales, sino que se valora (en ese mismo nivel abstracto, pero ahora en términos morales) como “ataque contra el espíritu humano y una violación de la razón”. Semejante descripción implica obviamente que Nosotros nos identificamos con la humanidad y que en la mente de los terroristas no hay nada de inocente. Las descripciones de la acción terrorista, siguiendo esta misma lógica, incluirán invariablemente prototipos de la inocencia, como “niños pequeños y amables abuelas han sufrido el ataque terrorista”.

El NYT y el WP publicaron 176 artículos en 1993 en los que la palabra “terrorista” aparecía 355 veces. Con alguna contada excepción, la palabra se utiliza exclusivamente para los árabes, aunque también se describe de esta manera a otros enemigos oficiales (como los ‘narcoterroristas’ colombianos y los Jemeres Rojos). Algunos árabes, como el jefe del Frente de Liberación de Palestina, Yasser Arafat, se describen como “ex terroristas”. Las políticas de violencia que ejercen otros países apoyados por Estados Unidos, o regímenes “moderados”, raramente se llaman “terroristas”: por lo tanto, la etiqueta no describe cualquier tipo de violencia

política, sino que se trata de una descripción ideológica, como hemos comprobado en nuestras observaciones anteriores sobre la lexicalización ideológica.

Coherencia local

En el nivel local de las secuencias oracionales, el discurso es coherente si sus proposiciones están interrelacionadas de manera intencional. La coherencia referencial se basa en las relaciones condicionales, causales, espaciales o temporales entre 'hechos' en un mundo posible (van Dijk, 1977). En un marco cognitivo, se considera que las proposiciones se relacionan entre sí con respecto a su representación en un modelo mental del lenguaje (subjetivo) de los usuarios (Van Dijk y Kintsch, 1983). En los modelos mentales, figuran los hechos, los objetos y las personas referidas discursivamente mediante expresiones como los sustantivos y las anáforas. La forma de la coherencia referencial se basa en modelos mentales de un mundo posible de n-proposiciones de situaciones reales o ficticias. Las relaciones funcionales del significado también pueden conectar intencionadamente proposiciones en el discurso. En este sentido, una proposición puede relacionarse coherentemente con una proposición previa, si funciona como Generalización, Especificación, Contraste o Ejemplo de una proposición previa.

La coherencia presupone conocimiento del mundo en general, y conocimiento específico sobre situaciones concretas, hechos e individuos en particular. Cuando se habla de Oriente Medio, introducimos el sintagma 'los palestinos' (con un determinante definido) para designar a un grupo de personas conocidas en nuestro saber político y geográfico general sobre la gente que vive en el Oriente Medio. Ya que depende de nuestra cognición social, en la coherencia discursiva puede aparecer formas de 'prejuicio', y por tanto una monitorización ideológica. Parafraseando el mismo ejemplo, donde unos hablan de Judea y Samaria, otros presuponen la existencia de Palestina, o de los Territorios Ocupados.

Siguiendo esta lógica, las explicaciones se basan habitualmente en relaciones de condición y casualidad. Si los trabajadores de los Países Bajos entienden que el elevado número de parados entre las minorías étnicas tiene como causas principales la falta de educación, una motivación insuficiente o un escaso conocimiento de la lengua, emplearán en su discurso sobre el tema los conectores causales (*porque, por lo tanto, etc.*) y usarán la relación funcional de la Explicación. Por ejemplo, las siguientes frases (inventadas) sobre la inmigración laboral en Europa expresan diferentes explicaciones y diferentes posiciones ideológicas:

- (14a) La economía prosperó. Los trabajadores inmigraron a Europa
(14b) Los trabajadores inmigraron a Europa. La economía prosperó.

Que la prosperidad económica de Europa después de la guerra sea en parte también debida al trabajo de los inmigrantes es un hecho que no se destaca precisamente en los medios de comunicación en general, y en los medios conservadores, o en las conversaciones cotidianas en particular (van Dijk, 1993). Por el contrario, se usan prejuicios como que los inmigrantes fueron atraídos por nuestra riqueza, y ‘sólo vienen aquí para vivir de nuestro dinero’.

De igual manera, las representaciones monitorizadas ideológicamente de relaciones de género o de estructura económica clásica puede afectar a las relaciones de coherencia local en el discurso sobre tales temas. Por ejemplo, cuando Charles Krauthammer, escribe sobre Irán (ejemplo 12), pide que

Es [...] implacablemente hostil al liberalismo de Occidente [...] y (por esa razón, Irán es un país) exento de principios morales. *Por tanto*, (La Unión Soviética e Irán) presentan la misma amenaza común: el terrorismo (la enfatización es nuestra).

El uso del marcador de coherencia *por lo tanto* presupone que ser hostil al liberalismo occidental es inconsistente con (la) moralidad, y que el “terrorismo” es una consecuencia lógica. Obviamente la coherencia del fragmento se basa ideológicamente en la concepción que tiene Krauthammer del liberalismo occidental y de los países supuestamente enemigos.

Jugadas semánticas locales

Las relaciones entre las proposiciones en un discurso pueden seguir una estrategia más natural. Hay pasos funcionales, o *jugadas* (como las jugadas del ajedrez; *moves* en inglés) que pueden entenderse como estrategias del discurso: la autopresentación positiva, la persuasión o la autodefensa. Un ejemplo típico de jugada discursiva estratégica lo proporcionan los discursos racistas cuando niegan su propio racismo en declaraciones del tipo “No tengo nada en contra de los negros, pero...” (van Dijk, 1984, 1987). Normalmente, este tipo de negación es sólo aparente, ya que desde que aparece el *pero* se presupone que, a continuación, se dirán cosas negativas sobre los negros, de tal modo que se contradiga la negación inicial. Esta jugada discursiva es un elemento típico de una estrategia más general de auto presentación positiva o de modo de impresionar, mediante la que los hablantes o escritores intentan evitar causar una mala impresión a sus receptores. En esta misma línea, pueden usarse estructuras concesivas (“Por

supuesto hay buenos trabajadores negros, pero...”), comparativas (“*Nosotros* siempre tuvimos que trabajar duro por nuestro dinero, pero *ellos...*”), etc.

Estos conocidos ejemplos del análisis del texto y del habla racistas también tienen una importante dimensión ideológica, especialmente cuando tienen una repercusión social: el hablante desea ser visto como un ciudadano decente, que conoce las leyes y respeta los valores de la sociedad, y que, por lo tanto, no quiere ser visto como un racista. De hecho, de forma frecuente tales ejemplos no se refieren a individuos, sino a grupos (“Algunos de nosotros podría decir cosas racistas, pero...”). El punto clave aquí es que la impresión de liderazgo social y la construcción de una auto-imagen positiva son características de la identificación ideológica. Esto también significa que las actitudes hacia un miembro del grupo tendrán normalmente una naturaleza positiva, mientras que las actitudes frente a miembros externos al grupo podrán ser negativas.

Las ideas y los conflictos de los grupos están representados típicamente en estructuras ideológicas, de manera que sirven para controlar las actitudes que generan proposiciones discursivas de comparación entre *Nosotros* y *Ellos*. Los ejemplos extraídos de la prensa sobre terrorismo, árabes e Islam, por un lado, y ‘*Nosotros*’, ‘*Americanos*’ y ‘*Occidente*’, por otro, ilustran esta orientación ideológica de las actitudes y de los modelos de hechos concretos (p.ej. sobre el atentado contra el World Trade Center), así como la manipulación de jugadas semánticas. Por esa razón, cuando un lector del NYT aboga por que se tomen medidas enérgicas contra los terroristas y otras “sociopatías”, se añade la siguiente negación:

(15) Por supuesto, muchas de las respuestas de los estados al terrorismo constituyen acciones terroristas, y es cierto que nosotros deberíamos criticar las violaciones de los derechos humanos cometidos en nombre de la lucha contra el terrorismo. (NYT, artículo de opinión Mark D. W. Edington, 2 March 1993).

Una jugada semántica tan controvertida es introducida con un *por supuesto* (como en este ejemplo) o (más típicamente) seguido por un *pero* u otras proposiciones que reafirmen las medidas enérgicas. Después de todo, “*nosotros*” debemos ser “realistas” encarándonos a los amenazantes terroristas, como afirma también este autor. Esta concesión también tiene una base ideológica. Mientras que la parte más extensa del artículo se inspira en una ideología de la seguridad nacional, la más breve, la parte negativa, se basa en una ideología humanitaria y en una mirada liberal sobre el terrorismo de estado. De cualquier modo, estas concesiones son únicamente aparentes, si se toma en consideración la estrategia argumentativa en su totalidad: mientras que la tesis principal (*Nosotros* contra el terrorismo) se discute de manera extensa y entrando en detalles

específicos, apenas si se dedica espacio al apoyo prestado a las dimensiones humanitarias y a las repercusiones negativas del terrorismo de estado. Como es bien sabido y como hemos visto antes, quienes apoyan el terrorismo de estado en América Central no lo hacen cuando focalizan su discurso sobre el terrorismo árabe y el fundamentalismo musulmán. De hecho, encontramos que la palabra “terrorismo” ni siquiera se aplica en los casos en que no conviene hacerlo, cuando podría criticarse la violación de los “derechos humanos” en las “jóvenes democracias” de América Central apoyadas por los Estados Unidos (Chomsky, 1985).

En uno de sus muchos artículos sobre el mundo de la conspiración terrorista, el columnista del NYT A.M. Rosenthal presenta una diatriba contra el fundamentalismo musulmán con la siguiente negación:

(16) La mayoría de los musulmanes no están involucrados en el fundamentalismo o el terrorismo. Pero para el interés de los musulmanes y de los no-musulmanes, se debe decir sin evasivas que en todo el mundo millones de musulmanes, temerosos u horrorizados por la política, la religión y las libertades sexuales occidentales, apoyan el extremismo fundamentalista (artículo de opinión, 29 de junio de 1993).

Esta es la típica negación. Se afirma algo, aunque de manera breve y a menudo en una cláusula subordinada: la mayoría de los árabes, musulmanes, negros, etc. no son terroristas, fundamentalistas o criminales. Pero se dedica la parte más extensa e insistente del artículo precisamente a afirmar o implicar que existe una conexión explicativa entre ellos y el terrorismo. Tales argumentos o sólo hablan de ‘violencia política’ y no condenan *todos* los tipos de violencia política (incluyendo la ocupación de Palestina o el oeste de Beirut por soldados israelíes, o la existencia de escuadrones de la muerte centroamericanos entrenados en Estados Unidos), o se asocian a un miembro de un grupo externo específico en particular. Hemos visto que después del final de la Guerra Fría y la caída del Comunismo, la lógica de la ideología necesitaba de la existencia de otros enemigos mayores (interiores o exteriores), y es en este marco en el que los árabes, los musulmanes y los fundamentalistas se han convertido en los principales aspirantes a cubrir ese puesto vacante. Ya que las generalizaciones infringen los principios de tolerancia, las negaciones se hacen necesarias para mantener la validez de los argumentos.

En nuestro análisis, las negaciones aparentes y el funcionamiento de las concesivas como negaciones, entre otras jugadas locales semánticas que funcionan a modo de estrategias argumentativas, son extremadamente interesantes porque aparecen en el lugar discursivo donde se produce el conflicto de ideologías, una más humana y tolerante (la proposición inicial) y otra más autoritaria e intolerante (la introducida por un *pero*).

Nótese que en el mismo ejemplo el uso de “para el interés de los musulmanes y de los no-musulmanes” ejerce una función de negación similar. Rosenthal, a pesar de hablar en general a favor de Occidente, entiende que Nosotros los americanos sabemos mejor que los propios musulmanes cómo les conviene actuar. Las ideologías se ven afectadas básicamente por “nuestros” intereses liberales. La preocupación principal de Rosenthal en Oriente Medio es Israel, y no el futuro del palestino corriente o de los ciudadanos árabes; de ahí su obcecación en que el terrorismo fundamentalista engloba a “millones de musulmanes, temerosos u horrorizados por la política, la religión y las libertades sexuales occidentales, que apoyan el extremismo fundamentalista”. Expresiones del tipo “por su interés”, por lo tanto, funcionan como una argumentación y una jugada interaccional de autopresentación positiva, que podría denominarse Altruismo Aparente. Se trata de una estrategia similar a la que emplea el discurso racista, cuando sostiene que los inmigrantes estarían mejor en su propio país ‘por su propio bien’, por ejemplo para ayudar a construir su propio país, o porque si no caerán como víctimas del “resentimiento popular” en ‘nuestro’ país (van Dijk, 1993).

En resumen, en el análisis semántico que hemos elaborado para subrayar las actitudes y las ideologías, se advierte la tendencia a mitigar, esconder o negar las implicaciones más evidentes. Las jugadas semánticas, por ejemplo la negación, se emplean para realizar una estrategia de flexibilidad, humanidad, altruismo y no propensión a las generalizaciones rígidas en la presentación de la persona. Si bien estas jugadas semánticas son habituales en las interacciones cotidianas, especialmente con extranjeros, su uso es obligado en los discursos públicos o políticos ante los medios de comunicación, frente a los cuales la propia presentación positiva y la persuasión de la audiencia es decisiva para conseguir la lealtad ideológica.

Temas

Los discursos no sólo son coherentes localmente, sino que también presentan una coherencia global o general, que puede concretarse en términos de temas y que puede explicarse teóricamente mediante el análisis de las macroestructuras semánticas derivadas de las proposiciones expresadas en el texto (van Dijk, 1980). En este sentido, los sumarios o los titulares expresan habitualmente las macroproposiciones temáticas en las que se basan las macroestructuras discursivas. Al igual que sucede en el caso de la coherencia local, la derivación de una macroestructura a partir de una macroproposición nuclear requiere conocimientos socioculturales, así

como un conocimiento de los modelos de representación mental acerca de hechos específicos.

Intuitivamente, las macroproposiciones temáticas expresan la información más ‘importante’ de un discurso. Por esta razón suelen estar controladas ideológicamente. Por ejemplo, cualquier noticia publicada en un diario sobre una violación será interpretada globalmente por la mayoría de los hombres conservadores como un argumento sobre del aumento del crimen, mientras que la mayoría de mujeres (y algunos hombres) verá en la noticia un ejemplo del abuso de poder y del dominio que ejerce el hombre sobre la mujer. De igual manera, una manifestación contra la guerra en Vietnam, contra las armas nucleares o contra la no intervención en el este en Bosnia o Ruanda se interpretará como una acción ‘rompedora’, ‘antiamericana’, si no un crimen, y la mayoría de los manifestantes la considerará como un imperativo moral.

En los ejemplos del atentado contra el World Trade Center de New York, el ataque se definía como “un acto de terrorismo calculado: un ataque contra el espíritu humano y una violación de la razón”. Se producen otros crímenes en Estados Unidos, especialmente aquellos que son el resultado del acceso libre a las armas, que raramente son definidos de esta manera, ni siquiera son tratados por los columnistas conservadores. El terrorismo, como puede advertirse, está ideológicamente conectado a enemigos específicos, como Irán o Libia o los árabes en general. Como hemos visto más arriba, por esa razón el concepto de ‘terrorismo’ aparece en las macroproposiciones temáticas, en los temas léxicos o en su expresión en los titulares periodísticos, con el objetivo de expresar una perspectiva ideológica en las macroestructuras semánticas en un primer nivel de la estructura textual.

En otras palabras, ‘definir la situación’, como es bien sabido, depende no sólo del conocimiento del mundo, sino también de las actitudes generales e ideológicas. Aunque también es verdad que depende de la ‘importancia’ implicada en la selección de un determinado tema en concreto en el discurso.

Este proceso sucede en el desarrollo de los temas a partir de las proposiciones, por ejemplo durante la construcción de proposiciones temáticas locales, el control ideológico se reorienta en otra dirección: cuando las macroproposiciones basadas ideológicamente se expresan en titulares ‘discriminatorios’, este hecho monitoriza la interpretación de los significados locales de las oraciones. Una vez que la historia está definida globalmente como un ejemplo de terrorismo, el significado local contribuye a construir o ejemplifica esta visión temática general. A causa de la importante influencia de los temas en la comprensión textual, las

interpretaciones alternativas a los hechos quedan excluidas, por ejemplo considerar a los terroristas en términos de ‘luchadores por la paz’.

El siguiente es uno de los muchos ejemplos de titulares y sumarios llenos de prejuicios que pueden encontrarse en el periodismo actual. Uno de los editoriales de Karl E. Meyer en el NYT se tituló “Auténticos creyentes maliciosos”, y podría resumirse como sigue:

(17) Karl E. Meyer argumenta que el fanatismo religioso podría suplantar al Comunismo como amenaza para la paz mundial, y concluye que no puede olvidarse que el terrorismo nació fuera del fundamentalismo religioso y que ha contribuido a su desprestigio. (14 de marzo de 1993)

En este artículo, parcialmente correcto, encontramos no obstante prejuicios en el sentido de que “el fanatismo religioso” y “fundamentalismo” se refieren *sólo* al fundamentalismo musulmán, aunque se hace una escueta referencia al hindú. En el editorial no se menciona en absoluto el fundamentalismo cristiano. Tanto el titular como el sumario simplemente generalizan el significado del texto definiendo ideológicamente al “fundamentalismo” y al “fanatismo” como algo exclusivo del Islam (Abaza y Statu, 1988; Harding, 1991). Esta lectura ideológica se apoya también en el paralelismo que se establece entre la amenaza de los comunistas y de los fundamentalistas (musulmanes), considerados ahora como el nuevo enemigo de los Estados Unidos (o de la “paz mundial”, como se dice en este artículo). Una semana más tarde, apareció un artículo de opinión Bradford McGuinn en el NYT titulado de forma similar, “¿Por qué los fundamentalistas han triunfado?”, y de nuevo el editorial se refería solamente a los musulmanes.

Conclusiones

Las suposiciones teóricas y los análisis realizados en el último apartado de este trabajo sugieren que el discurso se construye durante el proceso de producción o comprensión, y es capaz de encarnar las opiniones que derivan de las ideologías subyacentes. Desde el nivel básico de la lexicalización, hasta la más compleja estructura de proposiciones, implicaciones o coherencia, las relaciones entre proposiciones, así como los significados globales o las proposiciones temáticas, las representaciones de personas y de hechos a través de modelos mentales básicos, pueden transmitir valoraciones ideológicas concretas de grupos mediante todas estas estructuras semánticas del discurso.

Lo habitual en las gramáticas discursivas y en la psicología del procesamiento del texto, es considerar que el significado del discurso reside

habitualmente sólo en los conceptos abstractos, en las estructuras léxicas o en los significados normativos, o en los modelos mentales basados en el conocimiento sociocultural. Ahora sabemos que la mayor parte del significado del discurso debería explicarse en términos de control ideológico, como el ejercido a través de actitudes, definidas como las representaciones sociales y su concreción en modelos mentales episódicos de hechos y contextos. Dejando a un lado los trabajos previos sobre análisis formal del discurso, este planteamiento nos acerca a una teoría explicativa de las dimensiones relevantes de los discursos y sus significados, que incluye el “posicionamiento” ideológico. Dar este paso teórico ha sido posible superando las intuiciones acerca de la ideología en los estudios del discurso crítico. Nuestro objetivo actual es construir un marco explícito que detalle cómo se generan las propiedades del significado del discurso aplicando un método cognitivo social y personal, mediante la especificación, por ejemplo, de cómo los modelos mentales controlan la construcción del significado, tanto en la producción como en la comprensión. Otras líneas de investigación también han de ocuparse de la base ideológica de la fonología y de las expresiones gráficas, sintácticas, estilísticas, retóricas, pragmáticas e interaccionales del discurso.

En este nuevo marco teórico útil para estudiar el “procesamiento ideológico del discurso” se define con exactitud qué es la ideología desde un primer momento. Hemos sostenido que las ideologías conforman un ente social compartido, establecen un marco basado en el valor de las proposiciones valorativas básicas desarrolladas y utilizadas por los grupos sociales dentro de estructuras sociales. También hemos realizado propuestas experimentales sobre la organización esquemática global de tales ideologías, siguiendo un esquema canónico que define la autoidentidad y los intereses de cada grupo social. No obstante, aún estamos lejos de haber construido una teoría explícita sobre la organización interna de las ideologías.

Las ideologías juegan un papel decisivo tanto en el nivel micro, el de las interacciones cotidianas, como en el nivel macro, en el del posicionamiento global frente al mundo de los miembros de los grupos sociales. Considerando que este artículo ha empezado a explorar algunas dimensiones de la conexión ideología-discurso, en desarrollos futuros de nuestro proyecto de investigación examinaremos estas relaciones dentro del amplio marco de las funciones ideológicas sociales, políticas y culturales, y de su organización y expresión cognitiva y discursiva.

Notas

La versión original, en inglés, de este artículo fue publicado en: Van Dijk, T. A. (1995). *Discourse Semantics and Ideology*. *Discourse & Society*, 6(2), 243-289. (Solamente la nota biográfica ha sido actualizada).

¹ Nombre original del instituto: *Centre for Contemporary Cultural Studies*

² Nota de la traductora: la traducción corresponde a dos modalidades enfáticas del escrito original: “*Gadhafi’s sinister posturing or The sinister posturing of Gadhafi*”

Referencias

- Abaza, M. and Stauth, G. (1988)**, 'Occidental Reason, Orientalism, Islamic Fundamentalism: A Critique', *International Sociology* 3(4): 343-64.
- Abercrombie, N., I S. and Turner, B.S. (1980)** *The Dominant Ideology Thesis*. London: Allen & Unwin.
- Abercrombie, N., S. and Turner, B.S., eds (1980)** *Dominant Ideologies*. London: Unwin Hyman.
- Abrams, D. and Hogg, M.A., eds (1990)** *Social Identity Theory: Constructive and Critical Advances*. New York: Harvester Wheatsheaf.
- Aebischer, V., Deconchy, J.P. and Lipiansky, E.M. (1991)** *Idéologies et représentations sociales*. Fribourg: Delval.
- Alexander, Y. and Picard, R.G., eds (1991)** *In the Camera's Eye: News Coverage of Terrorist Events*. London: Brassey's.
- Althusser, L. (1971)** 'Ideology and Ideological State Apparatuses', in *Lenin and Philosophy and Other Essays*, pp. 121-73. London: New Left Books.
- Andsager, J.L. (1990)** 'Perceptions of Credibility of Male and Female Syndicated Political Columnists', *Journalism Quarterly* 67(3): 485-91.
- Barr, P.A. (1993)** 'Perceptions of Sexual Harassment', *Sociological Inquiry* 63(4): 460-70.
- Barranco, D.A. and Shyles, L. (1988)** 'Arab vs Israeli News Coverage in the *New York Times*, 1976 and 1984', *Journalism Quarterly* 65: 178.
- Billig, M. (1989)** *Arguing and Thinking: A Rhetorical Approach to Social Psychology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Billig, M. (1991)** *Ideology and Opinions: Studies in Rhetorical Psychology*. London: Sage.

- Billig, M., Condor, S., Edwards, D., Gane, M., Middleton, D. and Radley, A. (1988)** *Ideological Dilemmas: A Social Psychology of everyday Thinking*. London: Sage.
- Bower, G.H. (1980)** 'Mood and Memory', *American Psychologist* 36: 129-48.
- Burkhart, F. N. and Sigelman, C. K. (1990)** 'Byline Bias: Effects of Gender on News Article Evaluations', *Journalism Quarterly* 67(3): 492-500.
- Bursik, K. (1992)** 'Perceptions of Sexual Harassment in an Academic Context', *Sex Roles* 27(7-8): 401-12.
- Button, G., ed (1991)** *Ethnomethodology and the Human Sciences*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bybee, C.R. (1990)** 'Constructing Women as Authorities: Local Journalism and the Microphysics of Power', *Critical Studies in Mass Communication* 7(3): 197-214.
- Centre for Contemporary Cultural Studies, ed. (1978)** *On Ideology*. London: Hutchinson.
- Chomsky, N. (1984)** *Fateful Triangle: Israel, the United States and the Palestinians*. Montreal: Black Rose Books.
- Chomsky, N. (1985)** *Turning the Tide: US Intervention in Central America and the Struggle for Peace*. Boston, MA: South End Press.
- Chomsky, N. (1986)** 'Middle-East Terrorism and the American Ideological System', *Race & Class* 28: 1-28.
- Chomsky, N. (1987)** *Pirates and Emperors: International Terrorism in the Real World*. Montreal: Black Rose Books.
- Chomsky, N. (1989)** *Necessary Illusions: Thought Control in Democratic Societies*. Boston, MA: South End Press.
- Colker, R. (1992)** *Abortion and Dialogue. Pro-Choice, Pro-Life, and American Law*. Bloomington: Indiana University Press.
- Condit, C.M. (1990)** *Decoding Abortion Rhetoric: Communicating Social Change*. Champaign: University of Illinois Press.
- Converse, P.E. (1964)** 'The Nature of Belief Systems in Mass Publics', *International Yearbook of Political Behavior Research* 5: 206-62.
- Coulter, J. (1989)** *Mind in Action*. Cambridge: Polity.
- Creedon, P.J., ed (1989)** *Women in Mass Communication: Challenging Gender Values*. Newbury Park, CA: Sage.
- Eagleton, T. (1991)** *Ideology: An Introduction*. London: Verso.
- Eagly, A.H. and Chaiken, S. (1993)** *The Psychology of Attitudes*. Orlando, FL: Harcourt Brace Jovanovich.
- Ehrenreich, N.S. (1990)** 'Pluralist Myths and Powerless Men: The Ideology of Reasonableness in Sexual Harassment Law', *Yale Law Journal* 99(6): 1177-234.

- Eisenberg, N., Reykowski, J. and Staub, E., eds (1989)** *Social and Moral Values: Individual and Societal Perspectives*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Elias, N. and Scotson, J.L. (1965)** *The Established and the Outsiders*. London: Cass.
- Essed, P. (1991)** *Understanding Everyday Racism: An Interdisciplinary Theory*. Newbury Park, CA: Sage.
- Falik, M. (1983)** *Ideology and Abortion Policy Politics*. New York: Praeger.
- Fiske, S.T. and Taylor, S.E. (1991)** *Social Cognition*. 2nd edn. New York: McGraw-Hill.
- Fowler, R. (1991)** *Language in the News. Discourse and Ideology in the Press*. London: Routledge.
- Fowler, R., Hodge, B., Kress, G. and Trew, T. (1979)** *Language and Control*. London: Routledge & Kegan Paul.
- Fried, A. (1988)** 'Abortion Politics as Symbolic Politics: An Investigation into Belief Systems', *Social Science Quarterly* 69(1): 137-54.
- Garnham, A. (1987)** *Mental Models as Representations of Discourse and Text*. Chichester: Ellis Horwood.
- Ghareeb, E., ed. (1983)** *Split Vision: The Portrayal of Arabs in the American Media*. Washington, DC: American-Arab Affairs Council.
- Givón, T., ed. (1979)** *Discourse and Syntax: Syntax and Semantics*, Vol. 12. New York: Academic Press.
- Givón, T. (1989)** *Mind, Code and Context: Essays in Pragmatics*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Graesser, A.C. and Bower, G.H., eds (1990)** *Inferences and Text Comprehension*. New York: Academic Press.
- Hall, S., Critcher, C., Jefferson, T., Clarke, J. and Roberts, B. (1978a)** *Policing the Crisis: Mugging, the State and Law and Order*. London: Methuen.
- Hall, S., Lumley, B. and McLennan, G. (1978h)** 'Politics and Ideology: Gramsci', in Centre for Contemporary Cultural Studies (ed.) *On Ideology*, pp. 45-76. London: Hutchinson.
- Hamilton, D.L., ed. (1981)** *Cognitive Processes in Stereotyping and Intergroup Behavior*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Harding, S. (1991)** 'Representing Fundamentalism: The Problem of the Repugnant Cultural Other', *Social Research* 58(2): 373-93.
- Harsent, D. (1993)** *News from the Front*. Oxford: Oxford University Press.
- Herman, E.S. (1992)** *Beyond Hypocrisy: Decoding the News in an Age of Propaganda: Including a Doublespeak Dictionary for the 1990s*. Boston, MA: South End Press.
- Herman, E.S. and Chomsky, N. (1988)** *Manufacturing Consent: The Political Economy of the Mass Media*. New York: Pantheon.

- Hofstede, G. (1980)** *Culture's Consequences*. Beverly Hills, CA: Sage.
- Iyengar, S. and McGuire, W.J., eds (1993)** *Explorations in Political Psychology*. (Duke Studies in Political Psychology). Durham, NC: Duke University Press.
- Johnson-Laird, P.N. (1983)** *Mental Models*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Kempson, R. (1975)** *Presupposition and the Delimitation of Semantics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Kornblith, H., ed. (1994)** *Naturalizing Epistemology*. 2nd edn. Cambridge, MA: MIT Press.
- Kress, G. and Hodge, B. (1993)** *Language as Ideology*, 2nd edn. London: Routledge & Kegan Paul.
- Kressel, N.J. (1987)** 'Biased Judgments of Media Bias: A Case-Study of the Arab-Israeli Dispute', *Political Psychology* 8: 211-27.
- Larrain, J. (1979)** *The Concept of Ideology*. London: Hutchinson.
- Lau, R.R. and Sears, D.O., eds (1986)** *Political Cognition*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Leder, G.C. (1986)** 'Successful Females: Print Media Profiles and Their Implications', *Journal of Psychology* 120(3): 239-48.
- Lederman, J. (1992)** *Battle Lines: The American Media and the Intifada*. New York: Holt & Co.
- Levelt, W. J. M. (1989)** *Speaking: From Intention to Articulation*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Mannheim, K. (1936)** *Ideology and Utopia: An Introduction to the Sociology of Knowledge*. New York: Harcourt, Brace and World (Harvest).
- Miles, R. (1989)** *Racism*. London: Routledge.
- Mosher, D.L. (1991)** Ideological Presuppositions: Rhetoric in Sexual Science, Sexual Politics, and Sexual Morality', *Journal of Psychology and Human Sexuality* 4(4): 7-29.
- Nice, D.C. (1988)** 'Abortion Clinic Bombings as Political Violence', *American Journal of Political Science* 32: 178-95.
- Oh, C.K. and Dineen, D.A., eds (1979)** *Syntax and Semantics 11: Presuppositions*. New York and London: Academic Press.
- Petöfi, J.S. and Franck, D.M.L., eds (1973)** *Presuppositions in Linguistics and Philosophy*. Frankfurt: Athenaeum.
- Pettigrew, T.F. (1979)** 'The Ultimate Attribution Error: Extending Allport's Cognitive Analysis of Prejudice', *Personality and Social Psychology Bulletin*, 5: 461-76.
- Resnick, L.B., Levine, J.M. and Teasley, S.D., eds (1991)** *Perspectives on Socially Shared Cognition*. Washington, DC: American Psychological Association.

- Rokeach, M. (1973)** *The Nature of Human Values*. New York: Free Press.
- Rokeach, M. (1979)** *Understanding Human Values: Individual and Societal*. New York: Free Press.
- Rosen, A.S. (1992)** 'Beliefs, Attitudes, and Intention in the Context of Abortion', *Journal of Applied Social Psychology* 22(18): 1464-80.
- Rosenberg, S.W. (1988)** *Reason, Ideology and Politics*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Said, E.W. (1981)** *Covering Islam*. Henley: Routledge & Kegan Paul.
- Schank, R.C. (1982)** *Dynamic Memory: A Theory of Reminding in Computers and People*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Schmid, A.P. (1982)** *Violence as Communication: Insurgent Terrorism and the Western News Media*. London: Sage.
- Seliger, M. (1976)** *Ideology and Politics*. New York: Free Press.
- Seuren, P.A.M. (1985)** *Discourse Semantics*. Oxford: Blackwell.
- Shaheen, J.G. (1984)** *The TV Arab*. Bowling Green, OH: Bowling Green State University Popular Press.
- Sharpe, P. and Mascia-Lees, F.E. (1993)** 'Always Believe the Victim, Innocent Until Proven Guilty, There is No Truth: The Competing Claims of Feminism, Humanism, and Postmodernism in Interpreting Charges of Harassment in the Academy', *Anthropological Quarterly* 66(2): 87-98.
- Sharrock, W.W. and Anderson, B. (1991)** 'Epistemology: Professional Scepticism', in G. Button (ed.) *Ethnomethodology and the Human Sciences*, pp. 51-76. Cambridge: Cambridge University Press.
- Silver, D. (1986)** 'A Comparison of Newspaper Coverage of Male and Female Officials in Michigan', *Journalism Quarterly* 63: 144-9.
- Simmons, B.K. and Lowry, D.N. (1990)** 'Terrorists in the News, as Reflected in 3 News Magazines, 1980-1988', *Journalism Quarterly* 67(4): 692-6.
- Skidmore, M.J. (1993)** *Ideologies: Politics in Action*. Orlando, FL: Harcourt Brace Jovanovich.
- Snyder, M.L. (1981)** 'On the Self-Perpetuating Nature of Social Stereotypes', in D.L. Hamilton (ed.) *Cognitive Processes in Stereotyping and Intergroup Behavior*, pp. 183-212. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Stephan, W.G. (1977)** 'Stereotyping: The Role of Ingroup-Outgroup Differences in Causal Attribution for Behavior', *The Journal of Social Psychology* 101: 255-66.
- Sykes, M. (1985)** 'Discrimination in Discourse', in T.A. van Dijk (ed.) *Handbook of Discourse Analysis. Vol. 4: Discourse Analysis in Society*, pp. 83-101. London: Academic Press.

- Tan, E.S. (1994)** 'Story Processing as an Emotion Episode', in H. van Oostendorp and R. A. Zwaan (eds) *Naturalistic Text Comprehension*, pp. 165-88. Norwood, NJ: Ablex.
- Tetlock, P.E. (1984)** 'Cognitive Style and Political Belief Systems in the British House of Commons', *Journal of Personality and Social Psychology* 46: 365-75.
- Tetlock, P.E. (1989)** 'Structure and Function in Political Belief Systems', in A.R. Pratkanis, S.J. Breckler and A.G. Greenwald (eds) *Attitude Structure and Function*, pp. 129-51. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Tetlock, P.E. (1991)** 'Some Thoughts about Thought Systems', in R.S. Wyer and T.K. Srull (eds) *The Content, Structure, and Operation of Thought Systems: Advances in Social Cognition*, Vol. 4, pp. 197-201. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Tetlock, P. E. (1993)** 'Cognitive Structural Analysis of Political Rhetoric: Methodological and Theoretical Issues', in S. Iyengar and W.J. McGuire (eds) *Explorations in Political Psychology* (Duke Studies in Political Psychology), pp. 380-405. Durham, NC: Duke University Press.
- Thompson, J. B. (1984)** *Studies in the Theory of Ideology*. Berkeley: University of California Press.
- Thompson, J. B. (1990)** *Ideology and Modern Culture: Critical Social Theory in the Era of Mass Communication*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Tomlin, R.S., ed. (1987)** *Coherence and Grounding in Discourse*. Amsterdam: Benjamins.
- Tuchman, G., Daniels, A.K. and Benét, J., eds (1978)** *Hearth and Home: Images of Women in the Mass Media*. New York: Oxford University Press.
- Turner, J.C. and Giles, H., eds (1981)** *Intergroup Behaviour*. Oxford: Blackwell.
- Van der Pligt, J. (1992)** *Nuclear Energy and the Public*. Oxford: Blackwell.
- Van Dijk, T.A. (1977)** *Text and Context: Explorations in the Semantics and Pragmatics of Discourse*. London: Longman.
- Van Dijk, T.A. (1980)** *Macrostructures: An Interdisciplinary Study of Global Structures in Discourse, Interaction, and Cognition*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Van Dijk, T.A. (1984)** *Prejudice in Discourse: An Analysis of Ethnic Prejudice Cognition and Conversation*. Amsterdam: Benjamins.
- Van Dijk, T.A. (1985)** 'Cognitive Situation Models in Discourse Processing: The Expression of Ethnic Situation Models in Prejudiced

- Stories', in J.P. Forgas (ed.) *Language and Social Situations*, pp. 61-79. New York: Springer.
- Van Dijk, T.A.(1987)** *Communicating Racism: Ethnic Prejudice in Thought and Talk*. Newbury Park, CA: Sage.
- Van Dijk, T.A. (1988a)** *News Analysis: Case Studies of International and National News in the Press*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Van Dijk, T.A. (1988b)** *News as Discourse*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Van Dijk, T.A. (1991)** *Racism and the Press*. London: Routledge.
- Van Dijk, T.A. (1993)** *Elite Discourse and Racism*. Newbury Park, CA: Sage.
- Van Dijk, T.A. and Kintsch, W. (1983)** *Strategies of Discourse Comprehension*. New York: Academic Press.
- Van Oostendorp, H. and Zwaan, R.A., eds (1994)** *Naturalistic Text Comprehension*. Norwood, Ni: Ablex.
- Van Zoonen, L. (1994)** *Feminist Media Studies*. London: Sage.
- Vanderford, M.L. (1989)** 'Vilification and Social-Movements: A Case-Study of ProLife and Pro-Choice Rhetoric', *Quarterly Journal of Speech* 75: 166-82.
- Von Paczensky, S. (1990)** 'In a Semantic Fog: How to Confront the Accusation That Abortion Equals Killing', *Women's Studies International Forran* 13(3):177-84.
- Weeks, E.L., Blount, J., Boles, J.M. and Garbin, A.P. (1986)** The Transformation of Sexual Harassment from a Private Trouble into a Public Issue', *Sociological Inquiry* 56(4): 432-55.
- Wilson, J. (1991)** 'The Linguistic Pragmatics of Terrorist Acts', *Discourse & Society* 2(1): 29-45.
- Zajonc, R.B. (1980)** 'Feeling and Thinking: Preferentes Need No Inferences', *American Psychologist* 35: 151-75.
- Zanna, M.P. and Olson, J.M., eds (1993)** *Psychology of Prejudice* (The Ontario Symposium, Vol. 7). Hillsdale, NJ: Erlbaum.

Nota Biográfica



Teun A. van Dijk (1943) es profesor en la Universitat Pompeu Fabra de Barcelona, después de jubilarse como catedrático de estudios del discurso en la Universidad de Ámsterdam. Después de sus trabajos en poética generativa y gramática del texto en los años 70, su investigación desde principios de los años 80 se enfocó sobre temas más sociales y críticos, como la reproducción del racismo en el discurso. También hizo estudios sobre las noticias en la prensa y sobre ideología. Su investigación actual trata de las relaciones entre discurso, conocimiento y contexto. Teun A. van Dijk es autor de varios libros en esas áreas, y fundador-director de seis revistas internacionales, *Poetics*, *Text*, *Discourse & Society*, *Discourse Studies*, *Discourse & Communication*, y la revista de Internet *Discurso & Sociedad* (www.dissoc.org), de que todavía dirige las últimas cuatro. Sus últimos libros traducidos en castellano son *Ideología* (2000), *Estudios del discurso* (Ed., 2 vols., 2001), *Dominación étnica y racismo discursivo en España y América Latina* (2003), *Ideología y discurso* (2003), *Racismo y discurso de las élites* (2003), y *Racismo y discurso en América Latina* (2007). En 2008 aparecen sus libros traducidos *Discurso y Poder*, *Contexto y Discurso*, *La Sociedad en el Discurso* y *Prejuicio en el discurso*. Teun A. van Dijk, que tiene dos doctorados *honoris causa*, ha dado conferencias en muchos países, sobre todo en América Latina.

E-mail: vandijk@discursos.org

Página web: www.discursos.org